88

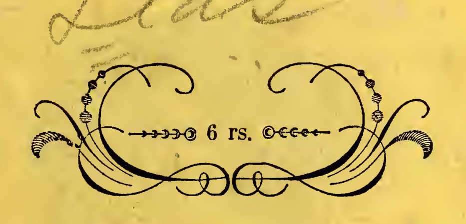
CIRCULO LITERARIO COMERCIAL.

LA ESPAÑA DRAMÁTICA.

COLECCION DE OBRAS

REPRESENTADAS CON APLAUSO

EN LOS TEATROS DE LA CORTE.



MADRID:

RIOS, Calle de Carretas. | CUESTA, Calle Mayor.

16

ACHAQUES DEL SIGLO ACTUAL,

COMEDIA EN CINCO ACTOS,

ARREGLADA AL TEATRO ESPAÑOL

POR

D. RAMON LIAS Y REY,

Representada con aplauso en el teatro de la Cruz, hoy del Drama, de esta Corte.



MADRID 1849:

Imprenta de Tomas Fortanet M. Ruano.
Greda, 7.

LA DEDICA

AL SEÑOR DON JUAN LOMBIA,

SU AMIGO

Ramon Lias
y Rey.

Artículos de los Reglamentos orgánicos de Teatros, sobre la propiedad de los autores ó de los editores que la han adquirido.

«El autor de una obra nueva en tres ó mas actos percibirá del Teatro Español, durante el tiempo que la ley de propiedad literaria señala, el 20 por 100 de la entrada total de cada representacion, incluso el abono. Este derecho será de 3 por 100 si la obra tuviese uno ó dos actos.» Art. 10 del Reglamento del Teatro Español de 7 de febrero de 1849.

«Las traducciones en verso devengarán la mitad del tanto por ciento señalado respectivamente á las obras originales, y la cuarta parte las traducciones en prosa.» Idem art. 11.

«Las refundiciones de las comedias del teatro antiguo, devengarán un tanto por ciento igual al señalado á las traducciones en prosa, ó á la mitad de este, segun el mérito de la refundicion.» Idem art. 12.

«En las tres primeras representaciones de una obra dramática nueva, percibirá el autor, traductor, ó refundidor, por derechos de estreno, el doble del tanto por ciento que á la misma corresponda.» Idem art. 13.

«El autor de una obra dramática tendrá derecho á percibir durante el tiempo que la ley de propiedad literaria señale, y sin perjuicio de lo que en ella se establece, un tanto por ciento de la entrada total de cada representacion, incluso el abono. El máximun de este tanto por ciento será el que pague el Teatro Español, y el mínimun la mitad.» Art. 59 del decreto orgánico de teatros del reino de 7 de febrero de 1849.

«Los autores dispondrán gratis de un palco ó seis asientos de primer órden en la noche del estreno de sus obras, y tendrán derecho á ocupar tambien gratis uno de los indicados asientos en cada una de las representaciones de aquellas.» Idem art. 60.

« Los empresarios ó formadores de Compañías llevarán libros de cuenta y razon, foliados y rubricados por el Gefe político, á fin de hacer constar en caso necesario los gastos y los ingresos.» Idem art. 78.

«Si la empresa careciese del permiso del autor ó dueño para poner en escena la obra, incurrirá en la pena que impone el art. 23 de la ley de propiedad literaria.» Idem Art. 81.

«Las empresas no podrán cambiar ó alterar en los anuncios de teatro los títulos de las obras dramáticas, ni los nombres de sus autores, ni hacer variaciones ó atajos en el testo sin permiso de aquellos; todo bajo la pena de perder, segun los casos, el ingreso total ó parcial de las representaciones de la obra, el cual será adjudicado al autor de la misma, y sin perjuicio de lo que se establece en el artículo antes citado de la ley de propiedad literaria.» Idem art. 82.

PERSONAS.	ACTORES.
Julia..	Doña Carlota Gimenez.
Luisa.	Doña Joaquina Baus.
D. Carlos Estevez. . .	D. Francisco Lumbreras.
D. Calisto Olmedo. . .	D. Juan Lombia.
D. Eugenio Flores. . .	D. Vicente Caltañazor.
Anselmo.	D. Manuel Gimenez.

La escena pasa en Madrid en 1847.

ACTO I.

El gabinete del banquero Olmedo. Puerta al fondo. Otra á la derecha que conduce al despacho, y enfrente la del cuarto de Julia. A la derecha en primer término un secreter: á la izquierda una mesa con pupitre, escribanía etc. etc.

ESCENA I.

ESTEVEZ, *despues* FLORES.

EST. Siempre cuentas! (*Sentado escribiendo.*) Siempre borradores! Qué vida tan aperreada.

FLOR. Gracias á Dios, (*entra con dos saquillos de dinero y una cartera*) he evacuado ya mis comisiones, y podré almorzar con tranquilidad... viva el buen apetito y la alegría!

EST. Ola, Flores!.. parece que has pisado buena yerba.

FLOR. Sabes que estoy generalmente de buen humor, sobre todo, cuando manejo dinero, que aunque no mio, siempre alegra el corazon... ya vés; dos taleguitos llenos de oro, y esta cartera, que, si bien pesa menos, vale mas.

EST. Parece que hoy has hecho buena recaudacion?

FLOR. Magnífica!.. Pero lo que mas me envanece, es haber encontrado á cuatro de mis amigos, que me han visto traer dinero... Esto es sobremanera lisongero!..

EST. Para nuestro principal no hay duda; pero para ti?..

FLOR. Tambien! Ser dependiente de una casa tan poderosa; merecer hasta tal punto la confianza de un capitalista, dá mucha importancia!

EST. Hay hombres felicísimos, y nuestro patron es uno de ellos.

FLOR. En efecto!.. á propósito de la felicidad... el cartero acaba de darme esta carta, para tí... Es de Valencia... letra de muger... Supongo que será de.,. (*Entrega la carta.*)

EST. De Maria! (*Mira el sobre.*) No hay duda! (*La abre y lee para sí.*)

FLOR. De esa María tan encantadora!.. No la conozco, pero por sus cartas me figuro lo que ha de ser... Qué significa eso, señor egoista?.. Quieres leer tú solo la carta?.. No faltaba otra cosa!.. vaya, vaya; sepamos pronto qué es lo que dice ese billetito que yo hubiera ya besado cincuenta veces.

EST. Se queja de mi silencio!

FLOR. Tiene razon: te falta acaso un cuarto de hora todos los dias para escribir á tu querida?

EST. Mi querida!.. Es verdad, la quiero... como á una hermana, y aun me resolvería á llevar á efecto el plan que en otro tiempo formaron sus padres y los mios, si mi situacion me lo permitiese. (*Se oye un piano.*) Qué es eso?

FLOR. Toma! qué ha de ser?.. Julia que está tocando el piano.

EST. Julia! pero cuándo ha vuelto de los baños?

FLOR. Anoche. Por cierto que le probaron perfectamente.

EST. Me alegro infinito.

FLOR. Otros se alegrarán tambien... tiene muchos adoradores, y no tardará en casarse.

EST. Probablemente con algun (*suspirando*) capitatalista.

FLOR. Es natural: los millones buscan siempre millones.

EST. Asi es. (*Con tristeza.*)

FLOR. Parece que no estás hoy en tu centro. Apostaré que estuviste anoche en alguna de esas grandes reuniones, á que concurres, y de las que sales siempre de mal humor... Yo sé la causa, y voy á

decírtela; tienes, amigo Estevez, una decidida propension á todo lo que mas puede perjudicarte: te has empeñado en vivir en la calle de la Montera ó de Carretas, frecuentas las casas de mas tono, asistes todas las noches á los teatros, y siempre en luneta principal; no faltas al Casino, ni á ninguno de los puntos que mas dinero cuestan, y ¿cómo es posible, que rodeado por todas partes de oro, de brillantes, de ese funesto lujo que arruina á tantas personas de fortuna, no padezcas estraordinariamente, al ver qne tu habitacion, aunque en el centro, es un camarote? Que solo tienes un frac y una mala levita? Que te has reducido á comer por seis reales, que andas siempre á pie, y no puedes ya disponer de un par de duros.

EST. Vaya, que tu situacion (*resentido*) no es mucho mejor que la mia, á pesar de tu arreglada conducta.

FLOR. Te equivocas, amigo: yo tengo una decente habitacion en la calle del Escorial; y cuando al levantarme de la cama, me asomo á la ventana, no veo mas que los albañiles de la casa de enfrente, y me digo: «esos son mas desgraciados que yo!..» empiezan mas temprano su trabajo, lo acaban mas tarde, y ganan la cuarta parte de lo que yo gano con menos fatiga que ellos... Escojo para amigos á jóvenes mas pobres que yo, y esto me proporciona ocasion de favorecerlos, en vez de ser favorecido. Cuando voy al teatro, tomo asiento de galería ó de ignominia... en fin, querido Estevez, ¿para qué cansarnos? nuestra posicion en nada se parece: tú miras hácia arriba, y yo hácia abajo; tú te consideras desgraciado porque te comparas con los ricos, en cuya sociedad te has lanzado, y yo me considero feliz, porque me comparo con los pobres de que me rodeo... Hé ahí el misterio!

EST. Confieso que esa es la verdad; pero qué quieres? no está en mi mano sofocar esta ambicion que respiro, este afan por el lujo, esta manía de figurar... eso es lo que me entristece y me irrita contra el destino, que me inspira tales inclinaciones, y no me dá lo necesario para satisfacerlas! (*Olmedo aparece por la puerta de la derecha, y oye las últimas palabras de Estevez.*)

ESCENA II.

Dichos, OLMEDO.

OLM. Pobre mozo! (*Acercándose á tocar en el hombro á Estevez.*)

EST. Señor! (*Sorprendido.*)

OLM. Crea usted que siento mucho su triste situacion! Se habrá visto un destino mas adverso!.. A veinte y cinco años, con una arrogante figura, buena educacion, talento!.. Vamos: es usted en efecto digno de compasion.

EST. Bien puede usted decirlo.

OLM. En qué piensan nuestros gobernantes, dejando consumirse en el olvido esa precoz inteligencia?.. Cómo no le han hecho á usted ya general, gefe político, embajador?

EST. Se burla usted?..

OLM. Pero está visto: usted nació con mala estrella!.. Esa madrastra fortuna se olvidó de colocar en su cuna de usted tres ó cuatro millones que hubieran crecido con su niño mimado. Asi que, yo en su lugar de usted, acabaria de una vez, con tan insoportable existencia.

EST. Pero, no puedo todavia adquirir esa posicion social, esa fortuna que me falta?

OLM. Seguro que sí; la fortuna es precisamente el objeto universal, el único centro hácia el cual gravitan los hombres de todas edades, de todos rangos, de todos colores: gritando en todas las lenguas y en todos los tonos; quiero dinero! quiero dinero!.. quién se atreveria, pues, á negar á usted el derecho de tomar parte eu esa gran bataola, en la que se encuentra de todo, hasta hombres honrados.

EST. Me creería usted capaz de pensar en adquirir fortuna por medios vergonzosos?

OLM. Qué disparate! A su edad de usted, amigo mio, el corazon es generalmente puro, las intenciones rectas; pero apenas se pone el pie en el resbaladizo terreno de los negocios, se presentan las cosas bajo otro punto de vista..... La probidad y la delicadeza se consideran como virtudes, que no

estan en moda, sino entre los tontos; la astucia y el fraude, son los medios autorizados por el uso... Asi se marcha, libre de toda trava tras de la fortuna, mientras no se encuentra en el camino á un alguacil, que con mucha ó poca urbanidad, invita á usted á seguirle á un tribunal, en donde es forzoso ajustar cuentas con la justicia.

EST. No puede uno entonces enriquecerse sin dejar de ser honrado?

OLM. Si tal!... pero para conseguirlo es preciso tener mucha decision y mucha perseverancia, cualidades muy raras en la juventud de hoy dia, que en vez de procurarse una buena posicion por medio de su trabajo y de su inteligeucia, halla mas cómodo perder el tiempo en estériles lamentos contra el destino!.. Eso es lo que usted hace.

EST. Y usted qué es lo que ha hecho, si se puede saber?

OLM. Yo? Ay, amigo mio!.. Si usted supiera las penas, las privaciones á que me he visto condenado!.. Veinte y dos años tenia cnando llegué á Madrid, solo, sin dinero y sin proteccion... Sucesivamente pasé de hortera á tenedor de libros, de corredor á agente de cambios, y tambien de negocios, buscando siempre parroquianos y clientes, entre todas las clases de la sociedad; guardando á granel en mi caja la moneda de cobre del indigente con la de oro del rico, y marchando siempre derecho á mi objeto, la fortuna.

FLOR. Si tanto cuesta hacerse ríco, prefiero ser siempre un pobre diablo.

OLM. Asi será.

FLOR. Ya veremos!.. Lo que puedo asegurar es que la ambicion no me desvelará, y que viviré siempre confiado en que hay quien sabe lo que me hace falta y no me olvidará.

OLM. Vamos, usted confia en su antiguo amo, el señor Hernando.

FLOR. No señor; confio en una pobre señora que está allá arriba!.. En mi querida madre... Pocos momentos antes de espirar, era yo muy jóven, me llamó á su lado... «Hijo mio, me dijo; te recomiendo que seas siempre honrado y laborioso; no olvides nunca á tu madre que desde el cielo velará por tí.»

Me abrazó en seguida, y á las veinte y cuatro horas no existia. He cumplido hasta ahora el juramento que entonces le hice, y la buena señora no ha olvidado tampoco su promesa... Unos vecinos honrados se encargaron de mí cuando quedé huérfano; un virtuoso eclesiástico me educó, y gracias á él, he podido solitar el destino que desempeño, y que debo á la bondad de usted... Estoy contento!.. Soy feliz como un rey... Ah! gracias, madre mia, gracias!

OLM. Y bien, señor Estevez, qué dice usted á eso?

EST. Que admiro una resignaeion que yo no puedo tener; no me es posible conformarme con la suerte que el destino me ha dado... Deseo figurar entre los hombres ricos y felices... No puedo sufrir que otros qne valen menos que yo, disfruten placeres, que á mí me están vedados; que pasen su vida en contínuos goces, mientras yo consumo la mia en diarias privaciones, amarrado á un miserable pupitre, porque no tengo oro! No: yo saldré de la oscuridad y lo tendré!.. no sé cómo, pero no importa!.. me siento con la fuerza y la constancia necesaria para conseguirlo... Yo tambien seré rico!.. Preséntese la ocasion, y entonces se verá si hay en mi alma suficiente energía para aprovecharla.

FLOR. Sosiegate, querido amigo!

OLM. (*Aparte.*) (Bien!.. Este mozo promete mas de lo que yo creia.) Perfectamente, amigo mio, pero como usted acaba de decir, es preciso que se presente una ocasion: entretanto procure usted calmar esa efervescencia, que le hace olvidar sus deberes. (*Saca del bolsillo cinco ó seis cartas.*) Tome usted esas cartas, y conteste hoy mismo á ellas... Ese es un escelente específico para neutralizar los efectos de su agitacion!

EST. Está bien!

FLOR. Si usted no tiene que mandarme, ayudaré á Estevez.

OLM. Quédese usted... lo necesito. (*Estevez se vá por la derecha.*)

ESCENA III.

OLMEDO, FLORES.

FLOR. Qué tiene usted que ordenarme?

OLM. Vaya usted á la administracion de las diligencias peninsulares, y espere á mi sobrina que debe llegar hoy de Valencia.

FLOR. Cómo! Tenia usted una sobrina en Valencia?

OLM. Qué tiene eso de particular?

FLOR. Nada, ciertamente. He de llevar el coche de casa?

OLM. No... tome usted uno de alquiler.

FLOR. (Mas me gustaría el otro). (*Aparte.*) Voy corriendo. (*Váse por el fondo.*)

ESCENA IV.

OLMEDO *solo.*

Qué carácter tan original! No tiene un cuarto, y está siempre contento, en tanto que yo, á pesar de mis millones, soy desgraciado! Por mas que digan, hay cosas en el mundo que no se pueden comprar con oro: el aprecio y la consideracion general!.. esto se adquiere poco á poco... haciendo favores, sirviendo al pais, y yo, no he tenido hasta ahora tiempo para ocuparme de los demas, ni de otra cosa que de hacer dinero... Algunas veces he pensado en esto mismo, pero luego me ha faltado la voluntad... Está en la masa de la sangre!.. Genio y figura!.. Ah! nunca seré mas que un hombre rico!.. esta idea me aterra! Siento en mi existencia un vacio, que todo mi oro no basta á llenar; y es, que aun bajo la capa de millonario no soy para todo el mundo mas que un hombre oscuro, salido de la nada, un ignorante!.. Está probado: el dinero no es el objeto principal de los desvelos del hombre, es un medio inútil entre mis manos... Si al menos hubiera yo tenido un hijo como ese Estebez!.. Con la fortuna que le hubiera dado, quién sabe á donde llegaria? Quizá ya seria diputado, gefe político, general, ministro tal vez... Hubo ya

tantos en tan pocos años!.. Entonces tendria yo el placer de ver su nombre en los periódicos, y diriá por todas partes lleno de orgullo: es mi hijo!.. Entonces podria tambien ocultar mi oscuridad tras de su fama!.. (*Pausa.*) Pero yo tengo una hija... Puedo tener un yerno, y es lo mismo... Ah! qué idea!.. Ese Estevez, carece de fortuna, es verdad... No importa, porque reune las demas eircunstancias... Otros, sin poseer ninguna, llegaron á ocupar los primeros puestos... aqui viene mi hija.

ESCENA V.

OLMEDO, JULIA.

JUL. Buenos dias, papá.

OLM. Felices, hija mia!... Cómo has madrugado tanto?

JUL. He adquirido esta costumbre en los baños... Ademas, hoy estoy impaciente por abrazar á mi prima.... Ya no tardará!

OLM. Supongo que no! Flores ha ido á esperarla... Pero deja que te contemple un momento. Sabes que te has hermoseado en los baños?

JUL. De veras?

OLM. Muy de veras! Escucha: hoy iremos al Prado... y esta noche á la ópera.... quiero que te vean por todas partes.... que te admiren... ponte bien elegante.... muchos encages!... muchos diamantes, eh?

JUL. Pero papá no sabe usted que eso no está bien á una jóven soltera?

OLM. Pues cómo se dá entonces á conocer una heredera millonaria?

JUL. Se dá á conocer en otras mil cosas... En los magníficos carruages de su padre; en tener palco abonado en los principales teatros, en la variedad de trages sencillos, pero elegantes.... y hasta en llevar en la mano un pañuelo de nipis que diga á todas las inteligentes «he costado dos mil reales.»

OLM. Asi es... asi es!... y tienes (*riendo*) ya pañuelos de esos?

JUL. He comprado seis de diferentes bordados!

OLM. Bien! bien! asi me gusta; compra, hija mia, compra lo que quieras.... Cuanto mas gastes mas contento estaré.

JUL. Pues ya que usted es tan condescendiente conmigo, voy á hablarle de una cosa.

OLM. Dí pronto, en dónde se vende?... cueste lo que quiera....

JUL. No cuesta nada.

OLM. Cómo! esplícate.

JUL. La mayor parte de mis amigas y compañeras de colegio se han casado ya, y es natural que....

OLM. Que tu tambien te cases!... Es muy justo... Ya he pensado en ello; pero es preciso esperar que se presente un buen partido.

JUL. Creo que no tardará en presentarse.

OLM. De veras?

JUL. He conocido últimamente en San Sebastian á un jóven de esta córte, que se hizo presentar en casa de mi tia... Es el conde de Filigrana...

OLM. Un conde dices?... Un verdadero conde?

JUL. Si señor.

OLM. Cuidado! que suele no ser oro todo lo que reluce!.. En eso de títulos cabe mucha trampa.

JUL. Qué dísparate!!.. Su nombre es muy conocido. Mi tia lo recibió con la distincion que por su nacimiento y buena educacion merecia... y él no tardó en manifestarme su cariño... á todas partes nos acompañaba...

OLM. A todas partes?... es decir que no ocultó su pasion?

JUL. No señor.

OLM. No es mala señal!... tampoco es cosa estraña... Si él es noble, yo soy rico... todo podria arreglarse; y yo hallaria lo que me falta.

UN CRIA. El señor conde de Filigrana (*anunciando*) desea ver á usted. (*A Olmedo.*)

OLM. El conde!... es posible!... (*sorprendido*) que entre al salon!

JUL. Lo vé usted, papá? vendrá á pedir mi mano.

OLM. Bien, bien; hija mia... hasta luego... no quiero hacerme esperar... Diablo! un conde! esto no se presenta mal.

JUL. Procure nsted, papá, no darle á conocer que ya estaba enterado; no le diga usted al momento que sí... es preciso darse importancia.

OLM. Pierde cuidado... he sido agente de negocios. (*Vasé por la izquierda.*)

ESCENA VI.

JULIA *sola.*

Seré condesa!.. oh felicidad! Qué dirán mis amigas? Cuando recuerdo que Sofia se llenó de vanidad porque se casó con el sobrino de un marqués, y que Adelaida no cabe en sí de orgullo porque es muger de un coronel... Qué envidia me tendrán!.... Voy á ostentar un título, me darán tratamiento... llevaré escudo de armas en el coche y en las targetas, y cuando entre en un salon anunciarán: «La señora condesa de Filigrana.» (*Se oye ruido.*) Qué es eso? Ah! (*mirando á la puerta del fondo*) mi prima!

ESCENA VII.

JULIA, LUISA, ANSELMO, FLORES.

(*Anselmo entra cargado de sombrereras y paquetes.*)

JUL. Mi querida Luisa!... (*Abrazando á su prima.*)

LUISA. Cuánto me alegro de volver á verte.

JUL. Y usted, mi buen Anselmo?

ANS. Dios mio! Señorita, cómo ha crecido usted... no la hubiera conocido. Ah! qué distraccion la mia... perdonen ustedes si tengo la gorra puesta... Caballero, si usted tuviese la bondad de quitármela.

FLOR. Deje usted todo eso á un lado.

JUL. No; mejor será que lo lleve al cuarto que está destinado para mi prima. (*A Flores.*) Haga usted el favor de enseñárselo... es el que está al lado del mio.

FLOR. Con mucho gusto. Sígame usted. (*A Anselmo.*) (*Vase por la izquierda.*)

ESCENA VIII.

JULIA, LUISA.

JUL. Sentémonos, mi querida prima, y cuéntame como (*se sientan*) te ha ido en estos cinco años de ausencia.

LUISA. Ya conoces mis disgustos desde que nos separamos. Tú no sabias cuanto se quiere á una madre cuando perdiste la tuya, y no te han faltado nunca las caricias de tu padre; pero yo, pobre huérfana y sin apoyo alguno, he padecido muchísimo, hasta que por último me he decidido á aceptar tus ofertas.

JUL. Con lo cual me complaces en estremo. Ah! si supieras que triste es vivir en una casa donde hay hombres solamente! Mi padre es muy bueno, me quiere ciegamente; pero ya ves que no he de hablar con él de modas, ni de otras mil cosas que solo puede tratarse con una verdadera amiga.

LUISA. Pues bien; ya me tienes aquí: seré tu confidente.

JUL. Convenido: entre nosotras no habrá secretos.

LUISA. Te lo prometo.

JUL. Y en prueba de ello te diré el único que tengo.... voy á casarme.

LUISA. De veras?

JUL. Sí; con un jóven, buen mozo y elegante... que en este momento pide á papá mi mano.

LUISA. Mucho me alegro.

JUL. Y tú no tienes que revelarme algun secreto parecido al mio?

LUISA. No.

JUL. Quieres hacerme creer que á los diez y ocho años tu corazon es libre todavia!... ah! te pones colorada!... vamos, ya entiendo... ha quedado en Valencia? No piensa venir á Madrid?... pues eso es de rigor.

LUISA. Está ya aquí, pero...

JUL. Cuéntame todo, pronto, pronto.

LUISA. No se trata de un amante, es un amigo de la infancia... nuestras familias se apreciaban mucho y nosotros nos queríamos como hermanos... hasta el dia en que se vino á Madrid á probar fortuna; entonces besó mi mano, que bañó de lágrimas diciéndome: «Adios, Luisa, jamás te olvidaré.»

JUL. Pues bien, eso quiere decir, te amaré siempre y me casaré contigo. Sí, las dos nos casaremos: qué felicidad!... la vida de solteras es tan fastidiosa!... No poder salir cuando se quiere; no vestirse á su antojo, estar obligada en sociedad á no alzar la vista, oir poco y hablar menos... pero una vez casada,

qué diferencia! El matrimonio, prima mia, es la libertad.

LUISA. No soy enteramente de tu opinion.

JUL. Porque hasta ahora tienes ideas de provincia.... cuando hayas vivido algun tiempo en la sociedad de Madrid, pensarás de otro modo.... siento ruido... Se habrá concluido ya la sesion?

LUISA. Poco tiempo se necesita para decir que sí.

JUL. Sin duda ha pedido á papá permiso para verme... yo no sé lo que me pasa.

LUISA. En estos momentos los testigos sobran; luego vendré á abrazar á tu padre. (*Se besan, y Luisa se retira por la izquierda.*)

ESCENA IX.

JULIA, OLMEDO.

JUL. Y bien, papá?

OLM. Tenias razon, hija mia!... las intenciones del condesito son aun mas positivas de lo que tú creias!

JUL. Qué tal le ha parecido á usted?

OLM. Muy bien.

JUL. Y sus maneras?

OLM. Finísimas.

JUL. Y su conversacion?

OLM. En cuanto á eso dificilmente sabría ningun otro mendigar un millon con espresiones tan escogidas.

JUL. Un millon!

OLM. A toca teja... Los condes están muy caros este año... así que no he titubeado en contestarle: «Señor conde, siento infinito que no podamos arreglarnos... mucho me alegraría de que mi hija llevase el título de usted, pero no puedo pagarlo á ese precio.»

JUL. Cómo, el conde de Filigrana!...

OLM. Necesitaba para suegro á un capitalista necio y vano que quisiese dorar de nuevo su corona de conde, que empieza á descubrir el cobre, y se dignó darme la preferencia. Oh! eso es en estremo lisongero... para mi caja.

JUL. Qué infamia!

OLM. Nada tiene de particular. Ese jóven no posee ya mas que su título, que será lo único que le hayan

dejado sus acreedores y sus queridas, y quiere ofrecerlo á una muger que se lo pague bien... Eso es muy natural... la necedad ha estado de parte mia... Cómo he podido pensar que un conde se casase con mi hija, sin que yo cubriese de oro la distancia que nos separa... la leccion ha sido buena, á Dios gracias!.. y quedo por largo tiempo curado de la mania de buscar yerno entre la aristocracia.

JUL. Es decir que estoy condenada á vivir soltera?

OLM. Quién dice semejante cosa!... no faltan nunca maridos para la hija de un capitalista que tiene treinta mil duros de renta.

JUL. Pero es necesario que lo encuentre de mi gusto.

OLM. Yo te buscaré uno, jóven, buen mozo y de educacion esmerada.... Eso te basta.... las demas circunstancias son de cuenta mia!

JUL. Ya comprendo todo!... va usted á sacrificarme al primer millon que se presente!

OLM. Pierde cuidado que no se presentará... los plebeyos millonarios andan á caza de la nobleza; asi como los nobles arruinados andan á caza de los plebeyos millonarios.... Siguen luego los que tienen veinte, treinta ó cuarenta mil reales de renta, fortunas insignificantes para compararse con la mia; pero bastantes para dar al que las posee el derecho de mandar, dirigir, censurar, en fin: de tener voluntad y creerse independiente, lo que no sufriré nunca en mi yerno... Quedan por último los que no tienen nada.... Yo estoy por estos.... Quiéres ser feliz en tu matrimonio? pues escoge un marido que no sea noble ni rico, pero que en cambio tenga talento y ambicion.... Que sea un terreno fértil, y yo me encargo de hacer crecer en él una abundante cosecha de gloria, de honor y crédito; pero en el dia de la recoleccion exigiré mi parte... Por mas que se eleve no temeré me olvide, pues su elevacion la deberá á mis pesetas, que le serán necesarias para conservarla, y yo procuraré llevar siempre en el bolsillo la llave de mi caja... Entonces, hija mia, lejos de ver en tu esposo un amo exigente y regañon, que contraríe tus designios, censure tus acciones y se oponga á tu voluntad, verás un esclavo sumiso que prevendrá tus deseos, satisfará tus caprichos, y se contemplará dichoso, si consigue dar gusto á la

muger á quien todo se lo deberá... Ah! hija mia! si tú supieras cuán grato es mandar!

JUL. Enhorabuena!... Pero en dónde encontraremos un marido de esa especie?

OLM. Ya lo tengo.

JUL. Cómo!... no adivino....

OLM. Pronto lo verás. (*Se acerca á la puerta de la derecha y llama.*) Estevez!...

JUL. Estevez!...

ESCENA X.

ESTEVEZ, JULIA, OLMEDO.

EST. Mande usted? señorita! (*Viendo á Julia.*)

OLM. Es mi hija! Usted no la conocia, eh?

EST. Si señor!... Si señor!... He tenido el honor de bailar con esta señorita hace un año... cuando usted dió aquel baile á que se dignó convidarme.

JUL. Es cierto.

OLM. Ola! Con que usted tambien baila?... Es un nuevo talento que yo no le conocia.

JUL. El señor baila muy bien!

OLM. Juzgaré por mí mismo, puesto que desde hoy queda usted convidado para todas mis reuniones.

EST. Doy á usted un millon de gracias por su bondad!... no faltaré nunca.

OLM. (Qué tal te parece?) (*A su hija.*)

JUL. Papá.

OLM. (Ya comprendo... la modestia...) Retírate, tengo que hablar con el señor de asuntos importantes... entreten por allá á tu prima durante un cuarto de hora. (*Julia saluda á Estevez.*)

JUL. Es un buen mozo! (*Retirándose por la izquierda.*)

ESCENA XI.

OLMEDO, ESTEVEZ.

EST. Aquí tiene usted esto, (*presenta el papel*) por si quiere que se despache hoy mismo.

OLM. No! que se esperen!... (*Mirando el papel.*) No quiero que usted se ocupe de esta clase de trabajos ma-

teriales... Será preciso tomar para esto un par de escribientes. (*Le devuelve el papel.*)

EST. (Que amable está.)

OLM. Por otra parte, deseo que usted continúe sus estudios, para que un dia pueda hacer brillar su talento.

EST. He llegado ya á comprender que en mi posicion seria una locura pensar en eso.

OLM. Vamos: usted está resentido todavia de lo que le he dicho esta mañana, con el solo objeto de conocerlo á fondo.

EST. Cómo!

OLM. Pues sepa usted para su satisfaccion, que su caracter me encanta. Ese orgullo, esa noble impaciencia, esa voluntad firme é inmutable presagian un brillate porvenir.

EST. Ha olvidado usted que soy un pobre diablo sin fortuna?... Usted mismo ha dicho que sin dinero nada se consigue.

OLM. Si señor, y lo repito; lo primero que usted debe hacer es buscarlo.

EST. Y quién querrá favorecerme?

OLM. Yo, tal vez.

EST. Será posible!... Me prestará usted lo que necesito para poner un establecimiento?

OLM. No he dicho eso!... Yo no presto sino sobre hipoteca ... Por otra parte qué le quedaria á usted despues que me devolviese el capital y me pagase los intereses? la esperanza de una quiebra... Algo mas vale lo que puedo ofrecer á usted.

EST. No entiendo, ciertamente...

OLM. Usted posee, sin sospecharlo, una propiedad que vale tanto como cualquiera otra.

EST. Una propiedad!...

OLM. Si señor: su corazon y su mano, que puede ofrecer á cierta persona que yo conozco.

EST. Se burla usted? quién ha de quererme por marido?

OLM. Una rica heredera!... en fin, dejémonos de rodeos... mi hija... le conviene á usted? pronto sí ó no?

EST. Señor, es una broma demasiado pesada...

OLM. No acostumbro á chancearme cuando se trata de cosas tan graves.

EST. Pero yo nada poseo... no soy nada...

Olm. Tengo la vanidad de creer que entiendo perfectamente los negocios... sé lo que me conviene, y puede usted tranquilizarse sobre este punto.

Est. Tanta generosidad!

Olm. Déjese usted de esclamaciones... y respóndame, sí ó no?

Est. Ah! señor, mi gratitud será eterna.

Olm. Quedamos acordes! no hay mas que hablar.

ESCENA XII.

Dichos, Luisa, *despues* Julia.

Luisa. Está usted visible, querido tio?

Olm. Eres tú, Luisa?

Est. (Esa voz!)

Olm. Ven á abrazarme!

Luisa. Con mucho gusto. (*Le abraza.*)

Est. Qué veo! Luisa?

Luisa. Cárlos!

Olm. Os conoceis? me alegro! pues el señor será muy pronto de la familia.

Luisa. Qué quiere usted decir?

Est. Señor!

Olm. Tú eres de casa, y debes ser enterada antes que nadie del casamiento de tu prima. (*Julia entra por la izquierda.*) Te presento á mi futuro yerno.

Luisa. Su yerno!

Est. (Gran Dios!)

Olm. Perdona, querida Julia, (*viéndola*) si te he robado el placer de dar á tu prima esta noticia.

Jul. Dios mio! qué tienes! (*A su prima.*) Te has puesto pálida!

Luisa. No es nada! la sorpresa.... la alegría!...

Est. Ah! señor de Olmedo! (*En voz baja.*)

Olm. Está bien, está bien!... mas (*Id.*) adelante me dará usted gracias. Vamos ahora á ocuparnos de los preparativos de la boda. (*Se dirigen á la izquierda.*)

ACTO II.

El teatro representa un salon elegantemente adornado. Puerta al fondo que conduce á otro salon. Dos puertas á la izquierda, la segunda conduce á la habitacion de Julia.

ESCENA I.

OLMEDO *solo.*

Que se adornen los salones! (*Entrando por el fondo.*) Que se aumenten los espejos y las arañas!... Quiero que el casamiento de mi hija se haga con toda pompa y solemnidad! Yo no soy de los que se satisfacen con dar en la fonda una comida de veinte cubiertos.

ESCENA II.

OLMEDO, FLORES, ANSELMO.

FLOR. Vamos, entre usted, (*á Ambrosio que tiene reparo en entrar*) á qué viene ese miedo? Lo mas que le puede á usted suceder es que lo despida con doscientos mil diablos!

ANS. Vamos... probaremos.

FLOR. Está usted solo, señor de Olmedo?

OLM. Ya he dicho á usted que no quiero que se me hable de negocios en todo el dia.

FLOR. Si señor... He cerrado la caja desde muy temprano, y he puesto un aviso en el despacho, advirtiendo que hasta mañana no se paga á nadie.

OLM. Pues entonces ¿qué me quiere usted?

FLOR. Para mi, nada; se trata de este buen hombre que tiene que pedir á usted una gracia, y yo le he ofrecido....

OLM. Al grano, al grano!

FLOR. Pues señor, no quiere mas que ser admitido en la servidumbre de usted.

ANS. Todo lo que yo deseo es que se me permita quedar al lado de mi señorita.

OLM. Ya... Con qué usted era criado de mi sobrina?

ANS. Si señor; pero como ahora vive aquí, es preciso antes de todo contar con la voluntad de usted.

FLOR. Es un escelente criado, que en el mero hecho de abandonar su pueblo y su familia por seguir á su sobrina de usted, ha dado pruebas de tenerle mucha ley. (*Olmedo mira á Anselmo con mucha atencion.*)

ANS. (Ay Dios! como me mira! si le pareceré demasiado viejo!)

OLM. Pch!... No me disgusta; un anciano respetable.... ¿cuántos años tiene usted?

ANS. Sesenta cumplidos, señor.

FLOR. Pero está bien conservado.

OLM. Sesenta años! son pocos; hubiera deseado una docena mas: un criado anciano revela cierta filantropía en el amo y hasta dá realce á la casa.

ANS. Señor, si no es mas que eso, confesaré á usted francamente que en el dia de San Juan he cumplido los setenta.

OLM. Y por qué no lo ha dicho usted desde luego? Vaya, buen hombre, encórvese usted cuanto quiera, pues queda ya admitido.

ANS. Señor..., mi reconocimiento, mi fidelidad.

OLM. Poca fé doy al reconocimiento de los criados; y en cuanto á la fidelidad, tengo siempre las gavetas cerradas y los ojos abiertos; así que desafio á que me la pegue el mas astuto.

ANS. De todos modos, señor, procuraré complacer á usted.

OLM. Esa es cuenta suya; si cumple usted bien, habrá buena paga y sino le pondré de patitas en la calle.

ANS. Y cuál es mi obligacion?

OLM. Estarse en la antesala el dia que se reciba, y cuando nó, en la porteria.

UN CRIA. Aquí preguntan dónde se coloca la orquesta.

OLM. La orquesta! es verdad, no me acordaba. Veinte músicos del teatro.... es preciso mirarlo bien... Allá voy yo mismo, porque ustedes cometerian alguna torpeza. (*Vase por el fondo.*)

ANS. Señor Flores, á usted es á quien debo la fortuna de ser admitido... no lo olvidaré jamás.

FLOR. Gracias, amigo mio; yo creo en la hombria de bien y en el reconocimiento: por eso admito con gusto la prueba que me dá usted del suyo. Pero aquí viene Estevez, déjenos usted.

(*Anselmo sale por el fondo, al tiempo que Estevez entra por la primera puerta de la izquierda.*)

ESCENA III.

FLORES, ESTEVEZ.

EST. (*Mirando el reló.*) Las siete; me he anticipado.... tanto mejor; un amo de casa debe siempre estar listo para acudir donde convenga; calla!... eres tú mi querido Flores?

FLOR. Adios, Estevez.

EST. Cuánto me alegro de verte!

FLOR. Y yo tambien á tí... Pero á ver, á ver, déjame que te mire... qué elegante estás!

EST. Trage de etiqueta, en dia de boda... Pero tú no te has vestido todavia?

FLOR. Tranquilízate, pronto lo estaré! voy á ponerme el frac que tengo para los dias grandes; no es negro, azul ni verde, pero es muy parecido á todos esos colores; tiene botones dorados con los que lo uso para bodas y bailes; mas si se trata de un entierro, pongo á los botones unas fundas que hice de un chaleco de seda negra... amigo, es preciso ingeniarse!...

EST. Pero que te has hecho durante tanto tiempo? apenas te he visto dos ó tres veces y siempre de prisa.

FLOR. Eso es muy sencillo; yo no salgo del escritorio, y tú estás constantemente en el salon, y aunque

no media mas que un tabique estamos muy separados.

EST. Verdad es que te he olvidado algo... pero he tenido tanto que hacer!... infinidad de compras!... visitas, convites!... Despues los regalos de boda... qué se yo?... no puedes figurarte lo fastidiosos que son los preparativos de un casamiento.

FLOR. Es segun... los hay que no requieren tantos preparativos... Un simon para ir á la vicaría, una misa rezada, algunos amigos por testigos y una comida de confianza... Ahí tienes todo lo que yo necesitaria para casarme... lo que necesitaria si mi sueño se realizase... Si Maria!...

EST. Qué estás diciendo?

FLOR. Digo que en cuanto á tí es diferente: te casas con una muger rica y necesitas mucho aparato, mucho brillo.

EST. Sí, pero ya estoy libre de todos esos cuidados, y espero que en adelante nos veremos con la misma frecuencia que antes.

FLOR. Por mi parte, tendré mucho gusto... Ya sabes lo que te aprecio!... canario!... despues de haber estado juntos dos años emborronando papel, me parece que eso es muy natural... pero es preciso no hacerse ilusiones.

EST. Por qué?

FLOR. Cuando se tiene muger, es forzoso ocuparse de ella, aunque no sea mas que para evitar á otros este trabajo; es menester acompañarla, llevarla á paseo...

EST. Bueno! te vendrás con nosotros, pues siempre tendrás asiento en mi carruage.

FLOR. Gracias, amigo mio; prefiero mis piernecitas al coche de otro.

EST. Como gustes; pero eso no impedirá que vengas á vernos á menudo, tendré reunion dos veces por semana, y cuento contigo.

FLOR. Ya sabes que no me gustan esas reuniones de tono: ademas, cuando uno es rico, brotan amigos por todas partes.... no tengas cuidado, tus salones estarán bastante concurridos y no advertirás mi falta.

EST. Haces muy mal en dudar de mi amistad!

FLOR. Yo no dudo, amigo mio; no ha sido esta mi in-

tencion... pero hazte cargo, Estevez, ¿qué papel vendria yo á hacer? no tengo las maneras, ni el tono de otros: si asistiera á esas reuniones, querria presentarme como los demas, jugar fuerte, en fin, divertirme y gozar de la vida... y ¿cómo puedo hacer todo eso con trienta duros mensuales que me dá tu suegro?

EST. Bueno! bueno! por mas que digas te obligaré...

FLOR. No te empeñes en eso!... por otra parte, tampoco me gustaria que cuando me presentase entre esas gentes de gran tono, se preguntasen por lo bajo unos á otros ¿quién es ese? es un quidam!... un pobre diablo... un escribiente de la casa... Nada, nada, amigo mio. Y quién sabe si tú mismo, á pesar de lo bueno que eres, no te avergonzarias de alargarme la mano en aquel momento?

EST. Puedes figurarte que yo?...

FLOR. Tú, no; pero tu muger es bastante orgullosa: aunque no tiene ella la culpa, sino quien la ha educado asi.

EST. Es verdad.... mi muger pudiera.... pero no tengas cuidado, yo sabré...

FLOR. Obligarla á que me reciba, no es eso? pues precisamente ese seria un motivo para que me detestára!... Déjame en mi reducido círculo, que en él me va muy bien: quién sabe si frecuentando el gran mundo, á donde tú me quieres arrastrar, se me trastornaria la cabeza como á otros muchos? y el señor Olmedo no tiene todos los dias una hija única que casar.

EST. Algunas veces me has dicho que soy orgulloso, pero yo creo que tú lo eres aun mas.

FLOR. Bien puede ser!... tal vez tengas razon... pero qué quieres? siempre es una ventaja conocerse uno á sí mismo. En fin, lo que te he dicho no impedirá que cuando nos encontremos nos demos un abrazo como los mejores amigos del mundo.... Y cuando tengas algun rato desocupado, entra en el escritorio, que al verte sentado en tu antiguo sillon, olvidaré que eres rico y creeré que estamos todavia en aquellos tiempos felices.... Pero es tarde y tu muger estará esperándote; adios, Estevez, voy á vestirme, adios, adios. (*Vase por el fondo.*)

ESCENA IV.

FLORES, *despues* OLMEDO, *y* JULIA.

OLM. Estos son los amigos! porque voy á ser rico busca pretestos para alejarse de mi... Bueno! Que haga lo que quiera... Ese es el cariño de un antiguo compañero? No lo hubiera creido!

JUL. Ya estoy vestida! (*Entrando por la segunda puerta de la izquierda.*)

OLM. Todo está corriente. (*Entrando por el fondo.*) Ah! sois vosotros, hijos mios? Perfectamente, Julia! (*mirando á su hija*) esa si que es elegancia.... Y bien, Estevez, qué tal le parecen á usted mis preparativos?

EST. Todo es magnífico y del mayor gusto.

OLM. Ya vé usted que cuando yo me encargo de algo, sé salir airoso.

EST. Ah! señor! Cómo manifestar á usted mi reconocimiento.

OLM. Yo soy así!.... y con objeto de llenar en lo sucesivo para con usted los deberes de un buen padre, tan gratos á mi corazon, no he querido hacer lo que aquellos que al entregar á un yerno en el dia de la boda el dote de la novia, parece que le dicen: «Tome usted esos diez ó quince mil duros; llévese pronto á mi hija y vayan benditos de Dios.»

EST. Ah! señor! jamás he desconocido los buenos sentimientos de usted.

OML. Asi es que me ha parecido inútil formalizar escritura, pues todo el patrimonio de usted consistia en algunos ahorrillos que ha invertido en sortijas y adornos.... regalo de boda que ha hecho usted á mi hija.

JUL. Todo es del mayor gusto!

OLM. No podia hacer otra cosa mejor, pero por muy bonito que sea no se ha visto nunca en los contratos figurar un regalo.... En cuanto á mi hija, no tiene absolutamente nada por su madre, que falleció antes de emprender yo los negocios... Todo lo que poseo es mio.

JUL. Es decir que no tenemos nada ni uno ni otro? pues estamos bien!

OLM. Sí tal; teneis un padre que quiere partir su fortuna con vosotros; sí, hijos mios; en adelante todo será comun, solo que como la union constituye la fuerza, yo seguiré como hasta aquí, administrando solo nuestro capital.

EST. Es muy justo.

JUL. No puede estar en mejores manos.

OLM. Asi que no habrá cambio alguno, á escepcion de que tú tienes marido y yo tengo yerno; pero gracias á Dios, mi casa es bastante grande para toda la familia, aunque se aumentase.

EST. Cómo, señor, quiére usted...?

OLM. Amo demasiado á mi hija para separarme de ella.

EST. Habia pensado que....

OLM. Dónde encontraria usted una habitacion tan cómoda y elegante como esta?

JUL. Y mi gabinete azul!

EST. El temor de molestar...

OLM. Pierda usted cuidado; yo me compondré de modo que esté á mis anchas, y todo lo demas ya se arreglará. Comeremos juntos, y asi tendré quien me haga compañía y me dé conversacion. Tengo cinco criados que la mayor parte del tiempo estan mano sobre mano: ustedes dispondrán de ellos cuando yo no los ocupe. En cuanto á el carruage pueden ustedes tambien usarlo á escepcion de las horas de bolsa.... Lo que les encargo es que no me revienten las yeguas.

EST. (*Ap.*) Yo hubiera preferido vivir solo con mi muger... paciencia.

OLM. Ahora resta hablar de los gastos, diversiones, etc. etc. En cuanto á eso no hay que apurarse ni economizar.

JUL. Papá, pierda usted cuidado que asi lo haremos!

OLM. Ya lo he dicho, miren ustedes mi bolsillo como el suyo, no hay que perdonar gasto ni capricho... Soy bastante rico, y no quiero que mis hijos se priven de nada.

EST. Ah! señor!

OLM. Solamente deseo que cada mes se me dé una cuentecita del gasto que se haga.

JUL. Una cuenta?

OLM. Sí! para mi gobierno nada mas, y para el arreglo de los libros.

EST. (*Ap.*) Es decir que tendré que enterarle de todas mis operaciones!

OLM. Con qué, hijos mios, ¿qué decis de mis proyectos?

JUL. Magníficos, papá!

EST. Ciertamente.

OLM. Muy bien; estaba seguro de vuestra aprobacion; pero los convidados no tardarán en llegar.... voy á dar un vistazo por allá dentro.

JUL. No vá usted á vestirse?

OLM. A vestirme? para qué? Eso es bueno para los que tienen que ocultar la miseria: pero yo, tan lejos de eso, voy á ostentar mi riqueza. Adios, hija mia, hasta luego.

ESCENA V.

JULIA, ESTEVEZ.

EST. (No era esto lo que yo esperaba, pero al cabo me queda mi muger.)

JUL. Qué es lo que tiene usted? (*sentándose á la derecha*) me parece que está usted muy pensativo?...

EST. No, mi querida Julia... la estaba á usted contemplando y pensaba en mi felicidad.

JUL. Ah! eso es distinto!... y si es verdad ya no me quejo.

EST. Una vez que mi (*apoyándose en el sillon de Julia*) buena estrella me proporciona la casualidad de encontrar á usted sola, hablaremos un momento de nuestra dicha.

JUL. Con mucho gusto.

EST. Es tan grato formar proyectos de felicidad, ocuparse del porvenir!... (*Le toma una mano y se la besa.*)

JUL. Qué hace usted?

EST. Oh! ruego á usted!...

JUL. Vamos, pase... es el primer dia y nadie nos vé.

EST. Ah! Julia! han sido tan raros los momentos que hemos pasado juntos desde que se ha tratado de unirnos, que necesito una indemnizacion.

JUL. No lo estrañe usted, he tenido tantas cosas en que pensar!... mandar hacer vestidos, probármelos.... dirigir los bordados.... la modista, la costurera, el joyero, no me han dejado un momento. He pasado los dias tomando pareceres y visitando tiendas. Es imposible figurarse los preparativos que tienen que hacerse para una boda.

EST. Pero ya todo se acabó, gracias á Dios, y ahora me toca á mí...

JUL. Es verdad... Qué le parece á usted mi peinado?

EST. Está usted encantadora! esta noche bailaremos juntos...

JUL. El primer rigodon, le corresponde á usted de derecho.

EST. Y el segundo y el tercero?

JUL. De ningun modo, amigo mio, eso no está bien visto.

EST. No?

JUL. Todo el mundo nos ridiculizaría... nos tendrian por lugareños.

EST. Ah! es verdad que... vamos, la moda es un tirano, y es preciso someterse; deberé resignarme por hoy tambien, pero luego...

JUL. Oh, despues tendremos entera libertad.

EST. Y la aprovecharemos para ser felices lejos de los curiosos, y de los importunos. Qué momentos tan deliciosos pasaremos!

JUL. Muy deliciosos.

EST. (No es verdad?

JUL. Sin duda; pero desgraciadamente no serán muchos.

EST. Por qué?

JUL. Se olvida usted de que tenemos ópera tres veces por semana? Y las visitas? Y en invierno los demas teatros, los conciertos, las reuniones, los bailes?

EST. Ay Dios mio! los bailes, los teatros, las visitas; es verdad, no me acordaba de nada de eso!

JUL. Pues en qué está usted pensando?

EST. En usted solamente, Julia; pero mi cariño no es egoista, y sus diversiones de usted serán las mias... Vamos, olvido el plan que habia trazado... Iremos á los teatros... frecuentaremos las reuniones... Quiero estudiar los gustos de usted, para adelantarme

á ellos. Usted mandará Julia, y yo obedeceré.

JUL. Es usted verdaderamente complaciente, y mi Padre no podia haber hecho mejor eleccion. (*Dá la mano á Estevez que se la besa. Se levanta para recibir á Luisa que entra por la izquierda.*)

ESCENA VI.

ESTEVEZ, JULIA, LUISA.

LUISA. Mucho te agradezco (*entrando rápidamente en la escena, con un collar de perlas en la mano*) prima mia, que te hayas acordado de mi!.. Este collar...

JUL. Es mi regalo de boda, es una pequeñez; habia pensado regalártelo de brillantes, pero mi marido dijo que te gustaría mas de perlas.

LUISA. Ah! fué el señor... acepto tu regalo, y lo agradezco infinito.

JUL. Ven y te lo pondré.

LUISA. Con mucho gusto.

JUL. Tenia usted razon, (*colocándoselo á Luisa*) este aderezo, le sienta muy bien... veo que tiene usted buen gusto, y le consultaré cuando se trate...

EST. De modas?

JUL. Es una de las mayores pruebas de confianza que una puede dar á su marido... no es verdad, prima?

LUISA. Sin duda, en el momento de ir á un baile...

JUL. Ah! pícara, te burlas de mi! pero por mas que hagas, no me enfadaré; estoy muy contenta porque me cumples tu palabra. (*Estevez se sienta junto á un velador, y recorre un album.*)

LUISA. Te has empeñado en que asistiera al baile á pesar de mi luto, y yo por complacerte, no me he negado.

JUL. No me divertiría, si no estuvieses á mi lado.

LUISA. De veras?

JUL. Puesto que eres tan complaciente, quisiera pedirte una cosa.

LUISA. Dime.

JUL. Que dejes esa tristeza y ese aire que no es propio

de nuestra edad, y que vuelvas á recobrar tu antigua alegría.

LUISA. Sí, sí; procuraré hacerlo.... te lo prometo.

JUL. En el modo de decírmelo, conozco que me ocultas algun disgusto! Eso no es lo que nos prometimos el dia de tu llegada; te he dado pruebas de confianza, y tú no me correspondes.

LUISA. Te equivocas.

JUL. Por mi parte he cumplido mi palabra, contándote todos los pormenores de mi casamiento; no he hecho nada sin consultarlo contigo; esperaba que tú tambien fueses franca, pero veo que me he equivocado.

LUISA. Julia!

JUL. Ay Dios! qué distraida soy!.. olvidaba que mi marido está aquí; eso es lo que tiene no estar acostumbrada!

EST. He sido indiscreto, (*levantándose*) perdonen ustedes.

LUISA. No, quédese usted, caballero, nada tengo que decir á mi prima, que no pueda usted oir. (*Haciendo un esfuerzo sobre sí misma*) Con efecto, me (*á Julia*) acuerdo que el dia de mi llegada te hablé de un jóven con quien yo me habia educado.

JUL. Y bien?..

LUISA. Pues como habia previsto, he vuelto á encontrarle, y estoy segura que ha esperimentado la misma emocion que yo, al volver á ver á la que tantas veces llamó hermana.

JUL. Calla! pues no me habias contado nada de eso. Y cuándo es la boda?

LUISA. Qué locura!.. Te aseguro que jamás.

JUL. Ya entiendo; no te atreves á confesar que lo quieres, porque está aquí mi marido... pero me lo has dicho, ya me acuerdo.

LUISA. Por Dios, Julia, no me has entendido; y si no quieres afligirme, no vuelvas á hablar de un proyecto, que no existe sino en tu cabeza, y que no puede realizarse.

EST. (Pobre Luisa!)

JUL. Ah! ya!.. Quiere decir, que ese hombre á quien tenias un cariño tan tierno, tan verdadero... era indigno de tí, te ha olvidado, se habrá casado con otra?

LUISA. Nadie podia impedírselo: no habia entre nosotros ningun compromiso.

JUL. Pobre prima; ahora si que comprendo tu silencio, tus lágrimas, tu dolor... Ah! su conducta ha sido infame. No es verdad, amigo mio, que es atroz despreciar un corazon como el de Luisa?

EST. (Qué suplicio!)

JUL. Y eso tal vez, por una muger algo mas rica que ella, pero á quien no querria seguramente.

LUISA. Te equivocas; la eleccion que ha hecho, bastaría para justificarle á los ojos de todo el mundo, si fuera necesario, y yo deseo con todo mi corazon que sea feliz.

JUL. Feliz un hombre como ese!

LUISA. Cállate! (*Con viveza.*)

JUL. Tienes razon, no merece tu recuerdo; pronto le olvidarás, y otro que sea mas digno de tí...

LUISA. Yo, casarme! Jamás.

UN CRIA. Varios de los convidados esperan en el salon, y el amo manda avisar á ustedes.

EST. Permita usted, señora, que la ofrezca mi brazo...

JUL. Ven pronto (*á Luisa*) á reunirte con nosotros. (*Váse por el fondo.*)

ESCENA VII.

LUISA *sola.*

(*Se oye la música del baile.*)

Era necesaria esta esplicacion, y no podia tenerla sino delante de su muger... ahora que estoy sola, ya puedo llorar libremente. (*Continúa la música, y Maria se sienta llorando junto al velador.*)

ACTO III.

Sala pequeña. Puerta en el fondo. Puertas laterales: la de la izquierda conduce á la habitacion de Estevez y Julia; la de la derecha á la habitacion de Luisa. A la izquierda una mesa con escribanía, á la derecha un velador.

ESCENA I.

ANSELMO, ESTEVEZ.

Al levantar el telon se oyen varios campanillazos con mucha violencia.

EST. (*Entrando en escena por la puerta de la izquierda.*) ¿No hay nadie en esta casa?... Por mas que rompa todas las campanillas!... Andres!... Victor!.. Julia! (*toca la campanilla qua hay sobre el velador*) vamos! ya viene uno! gracias á Dios!

ANS. (*Entrando por el fondo con un periódico en la mano.*) ¿Qué manda usted?

EST. Antes de todo mando que venga alguien cuando llamo, y que no se me haga esperar.

ANS. Dispense usted... estaba, segun mis instrucciones, calentándome en el recibimiento, y no he oido hasta ahora.

EST. Bueno; no pido esplicaciones, el coche.... tengo que salir.

ANS. En cuanto al coche, siento decir á usted que no puede ser.

EST. ¿Por qué?

ANS. La señora ha salido en él esta mañana.

EST. Muy bien; diga usted al ayuda de cámara, que lo necesito.

ANS. Lo ha mandado el ama á un recado.

EST. Entonces diga usted á Victor que suba.

ANS. Ah! Victor, es distinto; tiene ocupacion para todo el dia.

EST. ¿Es decir que no hay en casa un solo criado de quien disponer?

ANS. ¿Pues no estoy yo aqui?

EST. Usted?

ANS. Si señor; deseando dar pruebas de que todavia sirvo para alguna cosa.

EST. Pues!.. vaya usted... (*Se oye llamar estrepitosamente en el cuarto inmediato.*)

ANS. Si no me equivoco es el amo el que llama.... voy corriendo.... á este no le gusta aguardar.... volveré al momento á tomar las órdenes de usted. (*Sale por la puerta de la derecha.*)

ESCENA II.

ESTEVEZ *solo.*

Pues señor, me gusta! me es forzoso salir; hace un tiempo atroz y no tengo coche!... Ni á quien mandar por un Simon. Pues bien! no saldré ¿pero quién viene? ah! es Flores.

ESCENA III.

ESTEVEZ, FLORES.

FLOR. Buenos dias, Estevez.

EST. Ola! Flores! muy contento vienes!

FLOR. ¿Contento? algo mas, amigo mio, estoy fuera de mi de gozo.

EST. Cómo?

FLOR. Ah! ¿no sabes la gran novedad? no lo creerás... pues yo mismo que he admirado su fachada, que he subido sus tres pisos, y he hablado con el portero, no acabo de creerlo.

EST. No te entiendo.

FLOR. Es verdad.... no te lo he dicho; ¿sabes que tengo una casa?

EST. ¿Una casa?

FLOR. Sí, amigo mio, una magnífica casa, con persianas verdes, patio y cochera.

EST. Tú, dueño de una casa; ¿y en donde?

FLOR. En Madrid!... me ha caido de las nubes en medio de la calle de Hortaleza.... ¿qué digo? me ha caido aun de mas alto, pues solo mi madre puede haber tenido la feliz idea de hacerme tan buen regalo.

EST. Esplícate.

FLOR. Es una historia de la que ya tienes algun conocimiento; recordarás que hace cosa de seis meses estábamos los dos en el despacho del abogado de tu suegro, al cual habiamos ido á enterar de una liquidacion sobre el pleito de marras, cuando una señora anciana fué á consultarle sobre una demanda que queria entablar contra ciertos parientes lejanos y ricos que le disputaban la herencia que su marido le habia dejado.

EST. En efecto, ya me acuerdo.

FLOR. El abogado examinó, como verias, los documentos que ella le presentó, y meneando la cabeza con cierta displicencia, le dijo: «usted tiene derecho, buena muger; pero es forzoso pleitear; yo no puedo encargarme de ello por tener entre manos asuntos perentorios y de gran entidad, y si, como usted dice, sus contrarios son ricos, podrá enmarañarse el asunto: dudo que con tales circunstancias y en la situacion en que usted se halla, encuentre abogado que quiera encargarse de defenderla: para todo se necesita dinero, y lo primero que le pedirán á usted, será que deposite trescientos ó cuatrocientos duros por garantia del resultado cualquiera que sea.» ¡Ay Dios mio! contestó la pobre anciana con los ojos arrasados en lágrimas, no tengo mas que esta moneda de oro que he traido para pagar á usted la consulta, tómela usted, caballero, y quede usted con Dios: diciendo esto, se retiró llorando la infeliz; pero yo estaba mas aflijido que ella, su aspecto me recordaba...... es posible, me decia, que esta pobre señora no pueda hacer valer su derecho porque no tiene dinero? Oh! esto no puede ser; y sin decir á nadie una palabra, volví á casa, tomé todo lo que tenia ahorrado, que eran unos trescientos duros poco mas ó menos, y se los

dí á la pobre anciana, diciéndola; ahora podrá usted hallar quien la defienda y tal vez ganará el pleito, tenga usted: si hubieras visto sus lágrimas, su alegría.... y yo al verla.... ¡Ay amigo mio! cuánto placer se esperimenta al socorrer la desgracia de una pobre viejecita!... En fin, aquel precioso talisman estimuló el celo de los procuradores y abogados, y hasta el medio con que la pobre señora lo habia adquirido engrandeció su elocuencia en el foro: por fin le fué entregada la casa de donde poco antes la habian arrojado sus despiadados parientes, lo cual prueba que en este picaro mundo hasta para alcanzar justicia se necesita dinero.

EST. ¿Y nada me habias dicho?...

FLO. ¿Para qué?... Mas la pobre señora que habia soportado la desgracia con tanto valor, no tuvo fuerza para sufrir la dicha, y hace pocos dias que ha sucumbido, no sé si á la emocion ó al peso de sus años, y de sus anteriores disgustos: mas antes de espirar se acordó de mí, y al abrir su testamento se ha encontrado esta sola clausula. «Debo lo que poseo al generoso D. Eugenio Flores que me socorrió en la desgracia; y en testimonio de reconocimiento le instituyo mi único heredero.» ¡Pobrecita!... En fin, hay tienes como soy propietario de una casa en Madrid.

EST. Has hecho una buena accion, Flores, y el cielo te la ha premiado.

FLOR. Pero ha sido demasiada recompensa, cualquiera hubiese hecho lo mismo, teniendo una buena inspiracion y trescientos duros de ahorros.

EST. Eres un buen muchacho.

FLOR. No diré lo contrario; pero no son cumplidos los que espero de tí; venia á darte tan buena noticia, y al mismo tiempo á pedirte un favor.

EST. Habla

FLOR. Hace algun tiempo que, con mucho sentimiento mio, me echastes en cara que era orgulloso; tal vez tenias razon; por eso quiero ahora manifestarte mi arrepentimiento.

EST. Esplícate.

FLOR. Pues señor, como ya te he dicho, soy propietario, pero esta profesion tiene su aprendizage como las demas; hay que pagar la patente y otras mil

gabelas, y la curia se llama siempre á la parte en todas las herencias; asi es que debo aprontar de veinte á veinte y cinco mil reales en el momento, y vengo derechito á pedírtelos.... Creo que es portarse con franqueza, como buen compañero y probarte que no soy orgulloso. (*Luisa aparece en la puerta de la derecha.*)

EST. Me alegro mucho, amigo mio, que te hayas acordado de mí....

FLOR. Estaba seguro de ello.

EST. Ciertamente, me sería muy grato complacerte en esta ocasion, pero....

FLOR. Calla !... ¿ hay un pero?...

EST. No hay duda que mi suegro es escelente, tiene gusto en complacerme, pero si le pidiera una cantidad tan grande como la que necesitas, temería por su parte alguna observacion.... tu le conoces, es muy maniático y pretende que no debe prestarse á los amigos sopena de perder el dinero y la amistad. Estoy muy lejos de participar de sus ideas, ¿pero qué quieres ? no está en mi mano hacerle adoptar otras.

FLOR. Muy bien!... querido Estebez, quedo satisfecho!.. y siento haberte puesto en la necesidad de negarte á mi peticion.

EST. Cree que....

FLOR. No hablemos mas de esto; estoy bien persuadido que el ángel que me ha hecho dueño de la casa, no permitirá que se me despoje de ella por veinte mil reales.

ESCENA IV.

ESTEVEZ, FLORES, LUISA.

LUISA. (*Adelantándose hácia Flores.*) Vá usted á llamarme indiscreta, he oido, sin querer, parte de la conversacion, y quisiera aprovecharme de ella....

FLOR. Luisa!

LUISA. Sí, he comprendido perfectamente que necesita usted en el momento algun dinero.

FLOR. Es verdad.

LUISA. Pues bien! aqui tiene usted una capitalidad á la que puede dirigirse si necesita fondos.

FLOR. Cómo?

LUISA. Si señor; tengo en la caja de mi tio unos dos mil duros: es toda mi fortuna, y la he realizado para venir á Madrid; precisamente iba á pedir al señor Olmedo que la colocase; pero una vez que puede servirle á usted, le suplico que disponga de ella.

FLOR. Ah! gracias; gracias, Luisa. (*A Estevez.*) Lo ves? Cuando yo te decia que la Providencia no me abandonaria, y no podia haberse valido de una voz mas dulce, ni de una cara mas hechicera!

LUISA. Cuento con usted para desembarazarme de ese dinero, no sabia que hacer de él.

FLOR. ¡Cuánta bondad!

LUISA. (*A Estevez*) Ya ve usted, primo, que me pinto sola para concluir un asunto: bien se conoce que soy de la familia.

FLOR. Pues que usted se empeña, le entregaré un recibo.

LUISA. No señor, prefiero su palabra de usted, el recibo pudiera perdérseme.

FLOR. Pero qué garantia....

LUISA. El honor de usted es la mejor de todas.

FLOR. Amable Luisa, ¡qué buena es usted! no lo digo precisamente por el dinero, sino por el modo de ofrecerlo. Esa voz tan dulce, esa mirada tan benéfica y esas muestras de amistad que tantas veces me ha prodigado usted, me hacen verter lágrimas de reconocimiento.

LUISA. Señor de Flores!

FLOR. ¿Cómo he merecido que usted se interese por mí?

LUISA. Nada mas natural! usted es solo en el mundo, yo soy huérfana.... la desgracia es tambien un parentesco el mas sagrado de todos: ya ve usted que no podemos ser estraños el uno al otro. Asi que desde que ví á usted, me pareció un hermano que el cielo me enviaba.

FLOR. Ah! Luisa! Si usted supiera lo que pasa en mi corazon cuando habla usted asi ¡qué esperanza me atrevo á concebir! pero tanta ventura seria demasiado para mí, seria imposible!

LUISA. Ruego á usted, amigo mio....

FLOR. Cuantas veces se me ha ofrecido á la imaginacion esta idea, siempre la he rechazado como una vana quimera; pero hoy no tengo el valor suficiente para ocultarla....

Luisa. (Oh! Dios mio!)

Flor. Sí, Luisa, sepa usted que la amo, y si se digna confiarme su suerte, le juro por mi madre, que tendrá un marido honrado; sí, sabré sacrificarme por hacer á usted dichosa.

Luisa. Ah!

ESCENA V.

Estevez, Anselmo *en el fondo*, Luisa, Flores.

Flor. Alguien viene!

Ans. (*Entrando por el fondo con un ramillete en la mano.*) Voy á ponerle en agua, mientras llega la señora.

Est. ¿Qué es eso?

Ans. Un magnífico ramillete que el ayuda de cámara del conde de Filigrana ha traido para la señora.

Est. Siempre ese conde, (*alto á Anselmo*) bueno, déjenos usted.

Ans. Si hubiese sabido que incomodaba....

Est. Ya he dicho á usted que le dispenso sus observaciones: puede usted dejar esas flores y marcharse.

Luisa. (*Acercándose á Anselmo.*) Anda, mi pobre Anselmo.

Ans. (*Dejando el ramillete sobre el velador.*) Lo mismo dá... parece que al señorito no le gustan las flores. (*Sale por la puerta de la izquierda.*)

ESCENA VI.

Flores, Luisa, Estevez.

Luisa. (Pobre primo!)

Est. (Es menester contenerse!)

Flor. (*A Luisa.*) Sin la galanteria del conde, sabría ya cual será mi suerte; ¿ deberé sentir esta interrupcion, ó tal vez me habrá dado algunos momentos mas de esperanza?

Est. (¿Qué responderá?)

Luisa. Señor de Flores: voy á ser tambien franca. Es usted un jóven muy apreciable, posee usted cuantas cualidades desearía encontrar una mujer en su marido.... pero....

Flor. Basta; ya entiendo.... oh! Díos mio! se acabó!

EST. (*Con un movimiento de alegría*) Rehusa!

LUISA. Cuanto siento afligir á usted!...

FLOR. Bien lo decia, era demasiada felicidad!

LUISA. Crea usted que mi estimacion, mi amistad....

FLOR. Ah! sí, consérvemela usted, será mi único consuelo.

LUISA. Siempre! y en prueba de ello acepte usted la oferta que le hice ¿no debe todo ser comun entre dos amigos?

FLOR. ¿Usted lo quiere?

EST. (Buena Luisa!)

LUISA. Asi se ha convenido: ¿acepta usted? (*Sale por la puerta de la derecha.*)

FLOR. Obedezco, señora... Ah! ya poco importa. (*Aprieta la mano de Estevez y sigue á Luisa ahogando un suspiro.*)

ESCENA VII.

ESTEVEZ *solo.*

¿Habrá conservado en su corazon algun recuerdo del hombre que tan indignamente la ha olvidado? Pobre Luisa! tan buena, tan candorosa; ella no provocaría con su coquetismo esas galanterías que frecuentemente son peligrosas para una muger, y siempre comprometen la tranquilidad de un marido: no seria á ella á quien el conde de Filigrana se atreviera á dirigir sus atenciones. (*Tomando el ramo del velador.*) El conde! No puedo tolerar por mas tiempo sus continuas deferencias por Julia; en el baile no se separa un momento de su lado; en el prado, su caballo está siempre al estribo del carruage; en el teatro, no sale del palco, y se sabe que antes de nuestro casamiento le hizo la corte; y hasta se dice que debieron casarse.... ¿y por qué me la han dado á mí pobre hombre sin fortuna, se imaginan que estoy en el caso de hacer el papel de marido complaciente! oh! ¡no será asi, vive Dios!

ESCENA VIII.

ESTEVEZ, OLMEDO.

OLM. (*Entrando por la puerta del fondo.*) Buscaba á usted, yerno.... ¡Qué semblante tan siniestro!...

EST. No es sin razon.

OLM. Asi lo creo; pero respeto sus secretos; por otra parte tengo que hablar á usted de cosas importantes.

EST. Ya escucho.

OLM. Desde que usted se casó, no se ha ocupado mas que en diversiones; es muy natural... Estos goces, nuevos para usted, este lujo á que no estaba acostumbrado, le han trastornado enteramente, pero yo que he pasado la edad de las ilusiones me he ocupado de usted y de su porvenir.

EST. Ah! ¿Usted ha tenido á bien...?

OLM. Sé por esperiencia que por dorada que sea la vida, ofrece inmensos vacios al hombre que no tiene una ocupacion.

EST. Es muy cierto! y nada hay mas agradable que dedicarse al estudio y á cultivar las artes.

OLM. Amigo mio, dejemos las artes para quien vive de ellas; en cuanto al estudio me ha parecido siempre sospechosa esta palabra aislada en boca de un jóven; asi que he pensado sériamente en darle á usted una posicion... No es cosa muy facil, pues aunque tiene usted mucho talento, le falta juicio para prosperar en el comercio; soy demasiado rico para que desempeñe usted un destino; la abogacía es gran carrera, pero no tiene usted clientela. Asi, pues, he pensado comprar una gran posesion en Valencia, donde es uno un potentado con ocho mil duros de renta; iremos todos los años á pasar un par de meses en nuestro palacio, y llevaremos un tren capaz de deslumbrar á todos nuestros vecinos.... Mi hija dará bailes, yo comidas y usted.... hará cortesías; ademas rebocaremos la iglesia en honor de los devotos; estableceremos una escuela para contentar á los humanitarios y filantrópicos; y compondremos los caminos para atraernos la gente positiva. Sirviendo asi los intereses de todos,

verá usted manejar la buena gente y disponer antes de un año de todas las simpatías y de todos los votos; serán nuestros los tontos que se entregan, los cándidos que se dejan ganar y los tunos que se venden. Hay una eleccion, es usted el candidato universal y su nombre sale triunfante de las urnas electorales.

Est. Oh! sí, ser diputado es el objeto de todos mis deseos; nada hay mas noble, mas honorífico! pero no es asi como quisiera sentarme en los escaños del congreso.

Olm. Bien, amigo mio; hay otro medio; el mérito, el talento.... soy de la misma opinion; es mas honroso y cuesta menos dinero; no me opongo á que siga usted ese camino que ya otros le han trazado; pero aunque tengo alguna confianza en sus cualidades personales, me permitirá usted tomar mis precauciones.

ESCENA IX.

Estevez, Julia, Olmedo, *un dependiente con una caja de carton, un criado.*

Jul. (*A el criado.*) Que lleven esa caja á mi habitacion. (*El criado sale seguido del dependiente por la puerta de la izquierda.*) Buenos dias, padre mio; buenos dias, Cárlos.

Olm. Adios, hija mia, ¿ya estás aqui?

Jul. Sumamente cansada, papá.

Olm. ¿Pues qué has hecho esta mañana?

Jul. Una porcion de cosas: he recorrido las tiendas, he visto las blondas de Bruguera, los chales de Garcia, y las batistas de Bayens.

Est. Y segun parece no te has limitado solo á ver.

Olm. ¿Con que has hecho una porcion de compras?

Jul. Preciosas! no se puede resistir á la tentacion; se hacen hoy unas cosas tan lindas! las telas mas sencillas tienen una gracia, una elegancia! ya verás, Cárlos.... ¡Pero qué distraido! ¿En qué estás pensando que no me escuchas?

Est. Pienso que no siendo el deseo de agradar á su marido el que puede inducir á una muger á derrochar tanto para engalanarse, estoy dispensado

de dar mi voto en una cuestion enteramente estraña para mí.

JUL. Estás hoy poco galante.

EST. Ademas, todos esos adornos te merecerán la aprobacion de jueces mas inteligentes que yo.

JUL. De veras?

EST. Sin embargo, si quieres saber mi parecer, te diré francamente que una compostura sencilla, es preferible á ese esmero tan estudiado que pones en tus trages.

JUL. (*Riendo.*) La sencillez es una coqueteria que emplean las mugeres que no pueden otra cosa, y es menester, por caridad, dejarles este recurso.

EST. Pero confesarás al menos que esos gastos.....

JUL. ¿Son superfluos?.... por eso los hago.

EST. Sin embargo....

JUL. Ah! ya entiendo: no somos ricos.... pues es precisamente una razon para gastar mas.

OLM. (*Riendo.*) ¡Qué loquilla eres!

JUL. Vamos, no hay que apurarse, deja que continúe girando á la vista sobre la caja de mi padre, cuya generosidad es tan inagotable como el cariño que me tiene.

OLM. !Qué linda y qué graciosa es! no tengas cuidado que mi cariño haga bancarrota, hija mia.

CRIADO. (*Entrando por la puerta de la derecha, teniendo unos papeles en la mano.*) Aqui están las facturas.

OLM. Vamos, yerno; en castigo de haber hecbo el marido gruñon, va usted á pagar esas cuentecitas. (*A Julia.*) Dáme un abrazo, mona mia. (*A Estevez.*) Voy á ocuparme de nuestro asunto. (*Olmedo sale por la derecha; Estevez par la izquierda sin dirigir una palabra á Julia que lo mira con mucha estrañeza.*)

ESCENA X.

JULIA, *despues* LUISA.

JUL Dios mio! ¿qué tendrá mi marido? debia preguntárselo.... pero no, eso seria enseñarle á malas mañas; mejor será no darme por entendida. (*Notando el ramillete.*) Calla, un ramo de camelias! ¿cómo estará aqui? ¿quién lo habrá estropeado asi?

LUISA. (*Entrando por la puerta de la derecha.*) Es que antes

de llegar á su destino, ha pasado por las manos de una persona para quien no lo enviaba el conde de Filigrana.

JUL. ¡Ah! ¿es el conde?

LUISA. Eso te esplicará la acogida algo brusca que tu marido ha dado á esas inocentes flores.

JUL. ¡Cómo! ¿mi marido se ha permitido? pues bueno! lo llevaré esta noche al teatro.

LUISA. ¿Pero y si esas flores dieran lugar á que él sospechase....

JUL. Tanto mejor; asi tendré ocasion de castigarlo.

LUISA. ¿Y si el conde de Filigrana creyera....

JUL. Eso me proporcionaria el gusto de deshauciarle. Si supieras, prima, qué divertido es encender una pasion que se puede estinguir con una mirada; tener un corazon siempre sumiso, escitar la calma ó la tempestad á su antojo, y despues reirse al abrigo del abanico ó de un ramillete, de esos héroes de novela, de esos conquistadores presumidos á quienes se dá sobrada importancia oyéndolos.

LUISA. ¡Qué coqueta eres!

JUL. Sí, soy coqueta, lo confieso, porque estoy convencida que la virtud de una jóven está tan bien guardada bajo un trage de encage, con una dulce sonrisa y con una conversacion jovial; como con gesto desabrido, los ojos bajos y los modales mas austeros.

LUISA. No trato de acusarte, Julia; pero esa frivolidad de que haces alarde en tus conversaciones, esos obsequios constantes á que tú das lugar, tienen tambien sus riesgos.

JUL. Sé de memoria todo lo que pudieras decirme, y con una sola palabra te responderé: El conde no es persona peligrosa para mí.

LUISA. Sí, no lo dudo; sabrás defender tu corazon; pero ¿podrás acaso preservar tu reputacion de la maledicencia de una sociedad envidiosa de tu hermosura y de tus riquezas?

JUL. Eso es dar demasiada importancia á un acto de galantería que está muy admitido.

LUISA. Créeme, Julia; renuncia esas esterioridades que no halagan sino á tu vanidad.

JUL. No te lo prometo enteramente. ¿Qué pretesto

puedo encontrar para cerrar mi casa al conde de Filigrana? Es hombre de muy buena sociedad; su presencia dá cierto realze á mi reunion; por otra parte, mi tia le recibe en la suya, todos le tratamos con intimidad; se ha hablado tambien en todas las tertulias de Madrid de cierto proyecto....... y aunque no hubo ningun fundamento, basta que tanto se haya hablado para que me haga un deber de conservar al conde como un recuerdo de lo pasado, y de no provocar por mi parte un rompimiento que daria lugar á suposiciones que halagasen muy poco mi amor propio.

LUISA. Y asi, por necias consideraciones de vanidad, ¿no temes comprometer tu reputacion, la tranquilidad de tu marido y tal vez la felicidad de entrambos?

JUL. Tranquilízate, Luisa; conozco mis deberes y sabré cumplirlos.

LUISA. ¿Y es así como me contestas cuando me dirijo á tu corazon?

JUL. Ay, amiga mia, mi corazon no puede responderte.... Cuando le consulto, no estoy contenta conmigo misma, siento un malestar, una tristeza...... Comprendo muy bien que ha de haber otra existencia entre dos esposos.... pero esa felicidad que sueño algunas veces, no existe para nosotros....... Deja, pues, que me engolfe en las diversiones, que piense en mis trages, en mis placeres, en mis conquistas....

ESCENA XI.

Los mismos, ANSELMO, *despues* OLMEDO *y* ESTEVEZ *que entran al mismo tiempo por las puertas laterales.*

ANS. (*Anunciando.*) El señor conde de Filigrana pregunta si la señora está visible....

LUISA. (*A Julia.*) Por Dios, no lo recibas.

JUL. Es necesario, no puedo menos. (*A Anselmo.*) Diga usted....

EST. (*Don autoridad.*) Diga usted que la señora no está en casa.

JUL. ¡Qué oigo!

OLM. Ola, ola; aqui hay algo de nuevo.

EST. Y bien, ¿qué aguarda usted? (*A Anselmo.*)

Ans. Me parecia que la señora....

Est. Basta ya!

Olm. (*A Anselmo.*) Y bien! tonto, ¿no has oido? la señora no está en casa ¿no lo lo has oido?

Ans. (*Saliendo por el fondo.*) Yo habia oido bien... pero... no entiendo esto.

Jul. ¡Qué humillacion!

Olm. Déjenos usted solos, Luisa.

Luisa. (*A Julia.*) Ah! prima, ¿qué has hecho? (*Sale por la derecha.*)

ESCENA XII.

Olmedo, Julia, Estevez. (*Olmedo se sienta inmediato al velador.*)

Jul. Me he contenido delante de los criados, señor mio...

Est. Y ha hecho usted perfectamente, señora, en no promover un escándalo.

Jul. (*Con altanería.*) ¡Cómo!

Est. Un marido no solo tiene siempre el derecho de velar por la reputacion de su muger, sino que ese es uno de sus deberes, y yo sabré llenarlo, prohibiendo á usted que en lo sucesivo reciba visitas que puedan comprometerla.

Jul. Solo faltaba que me diera usted la lista de las personas que me permite recibir.

Est. Si asi fuese, puede usted estar seguro que no encontraria en ella el nombre del conde de Filigrana.

Jul. ¿Y puedo saber el motivo porque se le escluye?

Est. Sí señora.... porque en todas partes la persigue á usted con su galantería.... porque está publicando sus pretensiones y proyectos, y quizás sus esperanzas.

Jul. Cuidado, señor mio, no halague usted mi amor propio.... los celos prueban amor, y yo no tengo la vanidad de figurarme que inspiro á usted ese sentimiento.

Est. ¡Julia!

Jul. Y me apresuro á manifestarlo, porque esa pretension seria ridícula en mí.

Est. ¡Ese lenguage!

Jul. Es muy natural!... nuestro casamiento se ha he-

cho tan pronto, que no hemos tenido tiempo para conocernos; sin embargo, esto no es motivo para que deje usted de guardar las atenciones que toda muger tiene el derecho de exigir de su marido.... pero créame usted, dejemos á un lado estas recriminaciones, y contentémonos con las ventajas de nuestra posicion, sin comprometerla con exigencias....

EST. ¡Señora!

JUL. Nos gusta el lujo, la elegancia.... pues bien: derrochemos cuanto se nos antoje, ya que la fortuna y la bondad de nuestro padre nos lo permite. Por lo que á mí toca, pienso ser en lo sucesivo dueña absoluta de mis acciones, sin esponerme á un espionage indigno, y á que tal vez se dé á mi conducta una interpretacion vergonzosa. Tengo muy tranquila mi conciencia, y recibiré á quien mejor me parezca... Estoy en casa de mi padre, y á él solo daré cuenta de mi conducta. (*Vuelve violentamente por la izquierda.*)

EST. (*Dirijiéndose á Olmedo.*) Y bien, ¿qué le parece á usted?

OLM. (*Levantándose con la mayor indiferencia.*) Amigo mio, siento mucho decir que usted tiene la culpa de todo esto. (*Sale por el fondo. Estevez hace un gesto de indignacion y desprecio, y se retira por la derecha.*)



ACTO IV.



La misma decoracion del tercero.

ESCENA I.

OLMEDO, FLORES.

OLM. (*Sentado al bufete.*) Mi balance de setiembre está de alza con relacion al de agosto... Esto marcha...

FLOR. (*Entrando por la puerta del fondo.*(Estoy á las órdenes de usted.

OLM. Tome usted asiento. (*Flores se sienta.*)

FLOR. (En vista de los preludios, la sesion será larga.)

OLM. Hace cerca de tres años que se halla usted en mi casa.

FLOR. Diantre! y cómo corre el tiempo para el que se encuentra bien.

OLM. Y hasta ahora no he tenido el menor motivo de queja contra usted.

FLOR. Hice cuanto pude porque asi fuese.

OLM. Siempre ha sido usted asíduo en el cumplimiento de sus deberes, laborioso, inteligente y adicto á mis intereses.

FLOR. Señor!

OLM. Me complazco en hacer á usted justicia.

FLOR. (Aumento de sueldo tengo, ó gratificacion por lo menos.)

OLM. Pero á pesar de tan bellas cualidades, con el

mayor sentimiento, me veo obligado á privarme de sus servicios de usted en adelante.

FLOR. Como!

OLM. Esta pérdida me será en estremo sensible, pues tendré que emplear algunos meses en poner al corriente al que reemplace á usted.

FLOR. (*Levantándose.*) Habla usted de veras? Oh! no... no puedo creerlo.

OLM. Créalo usted... mas ó menos tarde tendríamos que venir á esto, y he preferido tomar desde luego mis medidas. (*Se levanta.*)

FLOR. Señor de Olmedo; en otro tiempo me abrió usted la puerta de su casa, y hoy quiere usted cerrármela... Está usted en su derecho, no hay duda; pero antes de mi salida espero saber la causa de esa repentina resolucion.

OLM. Repito, querido mio, que no tengo queja de usted; si tomo esta medida, es porque me propuse no tener en mis oficinas á ningun dependiente propietario.

FLOR. Respeto como debo la resolucion de usted... pero no alcanzo qué relacion tenga el que yo sea dueño de una casa...

OLM. Con que no sabe usted lo que es administrar una casa? Ignora usted las tribulaciones que asedian á un infeliz propietario? No conoce usted esa multitud de detalles cotidianos, de obligaciones periódicas, que bastan por sí solas á absorver las facultades intelectuales de un hombre?

FLOR. No lo dudo.

OLM. Por otra parte, un propietario no puede tener esa tranquilidad de espíritu, ni ese cabal discernimiento, privilegios esclusivos de los que no tienen mas recursos que los que les proporciona su trabajo personal... Usted será tal vez una escepcion, pero yo acostumbro á guiarme siempre por la regla general.

FLOR. Pues señor, usted es muy dueño. Bien pensado, puedo vivir perfectamente sin necesidad de mi destino, que hará feliz á algun pobre diablo que se esté muriendo de hambre. Tengo ya mi casita, y antes que pudiese dar al traste con el cuarto bajo, el entresuelo y los otros tres pisos, habian de transcurrir algunos años... pero si tal me sucedie-

se, lo que no espero, supongo que me repondría usted en el destino que hoy me quita.

OLM. Se lo prometo á usted.

FLOR. Entonces, mil gracias!.. ya estoy tranquilo!.. y puesto que soy libre, voy á ejercer los primeros actos de propietario.

OLM. Va usted á cobrar los inquilinatos?

FLOR. No señor; voy á pagar la contribucion. (*Saluda y sale por el fondo.*)

ESCENA II.

OLMEDO, *despues* JULIA.

OLM. (*Solo.*) Con todo se conforma! qué honradote es! se diferencia indudablemente de todos los muchachos de su edad. (*Julia aparece por la puerta de la izquierda.*) Ola! Eres tú, Julia? Buenos dias, hija mia! Pero, qué tienes? por qué tan triste y pensativa?

JUL. Tengo muchos pesares!

OLM. Pesares tú! cosa rara! vamos, hermosa desconsolada, confíame tus penas al instante, para que yo te consuele.

JUL. No se chancee usted, padre mio, es muy grave el asunto.

OLM. De qué se trata?

JUL. Dios mio! Qué escena tan horrible!

OLM. Esplícate.

JUL. Ya lo sabe usted, la de esta mañana con mi marido.

OLM. Ah!.. Cómo! todavia dura?

JUL. Es verdad que él no ha tenido para con su muger los miramientos que ella esperaba, y que son tan de rigor... pero, acaso mi proceder, no es tambien vituperable?.. Debia haberme irritado hasta el punto de dirigirle palabras tan ofensivas?

OLM. Esto ya es otra cosa.

JUL. Desde que la cólera ha cedido á la reflexion, comprendí lo cruel é injusta que he sido con él, lo abominable que debo parecerle.

OLM. Me he guardado muy bien de inculparte en presencia de tu marido; pero entre nosotros, debo decirte, que te has escedido.... Qué diantre! la

moderacion es necesaria en todo, hasta en el despotismo.

JUL. Sí, estoy segura que se ha ofendido en estremo, porque acabo de encontrarle, y lejos de dirigirse hácia mi, ha vuelto la vista y evitado mi presencia.

OLM. No tengas cuidado; es una nubecilla que muy pronto disiparás con una de tus sonrisas.

JUL. Pues en ese caso, voy á buscarle, y le diré con franqueza: Cárlos, he sido culpable, olvida lo pasado y hagamos las paces.

OLM. A mi cargo queda... todo lo arreglaré... el poder de un padre es moderador esencialmente... aqui viene tu marido: déjanos solos.

JUL. Suplico á usted, padre mio, que le haga conocer mi pesar.

OLM. Vete tranquila, que yo restableceré un equilibrio perfecto entre vosotros, y cuidaré, sosteniendo la balanza, de inclinar algun tanto el fiel hácia tu lado... vamos, sal.

JUL. Obedezco, padre mio. (*Aparte al salir.*) Me parece que los dos nos entenderíamos mejor. (*Sale por la puerta de la derecha.*)

ESCENA III.

ESTEVEZ, OLMEDO.

OLM. He parado el golpe á tiempo... voto á cribas! ella lo echaría todo á perder! basta cometer la falta, sin que incurramos en la simpleza de confesarla.

EST. (*Entrando por la puerta del fondo.*) Está usted solo?

OLM. Estoy á las órdenes de usted, suplicándole solamente, que concluya cuanto antes, porque me esperan en la bolsa.

EST. Ha sido necesaria toda la conciencia de mi derecho, todo el sentimiento de mi ultrajado honor, para determinarme á dar este paso.

OLM. Ruego á usted que evite toda perifrasis.

EST. Testigo ha sido usted de lo que ha pasado esta mañana entre mi muger y yo.

OLM. Y ruego á usted, ya que la ocasion es oportuna, que en adelante elija para esas escenas conyugales los momentos en que yo no las presencie.... lo agradeceré muchísimo.

EST. Por injuriosas que hayan sido para mi las palabras que Julia pronunció, las hubiera podido atribuir á un ímpetu de cólera; pero lo que no he podido esplicarme, es que, cuando olvidaba de este modo sus deberes, cuando se faltaba á sí propia, hallase apoyo en su padre.

OLM. Sepa usted, caballero, que un padre de familia es un rey absoluto en su casa, y no está obligado á dar cuenta á nadie de la autoridad que ejerce... sobre todo á un yerno.

EST. Está usted en un error... Un padre, por mas que invoque este título sagrado, cuando usa de su autoridad, no para proteger legítimamente á su hija, sino para armarla contra el hombre á quien debe confianza y respeto, responde de todas las desgracias que acarree su fatal condescendencia y se sujeta al tribunal de la opinion pública.

OLM. Tribunal de el que usted me ha de permitir declinar la competencia. Por otra parte, yo no aconsejo á usted que recurra á él, pues he advertido que es siempre desfavorable á los maridos, quienes aun ganando la causa, dejan su reputacion condenada en costas.

EST. Puesto que no hallo en usted el apoyo que he solicitado, tomaré el partido que me convenga para evitar la vergonzosa posicion en que se intenta colocarme.

OLM. No adivino las consecuencias del golpe de estado que usted medita, ni los medios que empleará para su ejecucion... En España no está en uso el divorcio, y por lo que toca á la separacion, nuestros legisladores en su próvida solicitud, rodeáronla de obstáculos que no puede servir de refugio sino á gentes sin educacion: ademas, tanto á mi hija como á usted les sobra talento, y no creo por lo mismo que vayan á servirse de los efugios que la ley ofrece.

EST. Y quién ha hablado de invocar el amparo de las leyes? Hay otros medios de sustraerse á una odiosa tiranía, y yo me valdré de ellos, aunque deba huir

al cabo del mundo para reconquistar mi sosiego y mi independencia.

OLM. Váyase usted con tiento, y no olvide que no siempre se puede desandar lo andado... usted ha gustado ya el lujo y las comodidades, y se le haria muy cuesta arriba volver á aquellas privaciones, que si mal no recuerdo, le eran insoportables!... Cálmese usted, sea discreto, vea las cosas tales cuales son, y no se forje inútiles quimeras!... Olvidemos lo pasado! Julia tiene un escelente corazon, y estoy seguro que solo espera una disculpa para volver á los brazos de su esposo.

EST. Disculpas!

OLM. Nada, nada; yo serviré de mediador... voy á buscar á mi querida hija... felizmente esta franca y cabal esplicacion ha de volver la paz al hogar doméstico. (*Sale por la puerta de la derecha.*)

ESCENA IV.

ESTEVEZ *solo.*

Perdonarme, cuando soy el ofendido!.. el ultrajado!... puede existir mayor desprecio y vergüenza?... Y si quiero romper mis cadenas; si quiero recobrar mi libertad!... se opone á mi determinacion, el ridículo... el mas espantoso ridículo!... ningun medio me queda para borrar el pasado, escudarme contra el presente y conjurar el porvenir!... he aquí la suerte feliz que yo me prometia! el brillante destino que habia soñado, y por el que he renunciado al dulce afecto de una hermana querida, al amor de un ángel!... Sí, todavia me ama, no puedo dudarlo... Pobre Luisa! Si supieras lo que pasa en mi corazon!... aquí viene.

ESCENA V.

ESTEVEZ, LUISA.

LUISA. (*Entrando por la puerta de la derecha.*) Me separo en este instante de Julia, se halla algo mas sosegada, y se arrepiente de lo que ha hecho.

EST. Su conducta ha sido muy natural; yo tuve la culpa.... lo confieso... en adelante responderé á sus desprecios con la mas fria indiferencia.

LUISA. No hable usted de ese modo.

EST. Tengo algun derecho para quejarme? Cuando se ha cerrado un ajuste puede demorarse el llevarlo á efecto? Yo he recibido oro, y es justo que en cambio sacrifique mi felicidad.

LUISA. Deseche usted semejantes pensamientos... Julia ha podido ser inconsecuente, ligera; pero no dude usted de su amor.

EST. De lo que no dudo es de su desprecio!

LUISA. Su desprecio!

EST. Créame usted, Luisa; el hombre jamás renuncia impunemente la autoridad de esposo.

LUISA. Sepa usted reconquistarla.

EST. No puedo, porque ese poder legítimo se apoya, menos en la ley que reviste de él á un marido que en la conciencia de su fortaleza, de su energía, de su superioridad; pero cuando de protector que debe ser, se convierte en protegido: de apoyo en gravámen; entonces no es mas que un ser bastardeado, una criatura infamada, digna á lo sumo, de inspirar compasion.

LUISA. Cárlos! cuánta amargura revelan esas palabras!

EST. Sí, en verdad!

LUISA. En otro tiempo corria usted á buscarme siempre que el pesar le atormentaba.... imploraba usted mis consuelos, que nunca le negaba... ha perdido ya la amistad de usted su compañera, su amiga?

EST. Yo amigo de usted? Ah! no merezco ese nombre!

LUISA. Por qué?

EST. No lo he olvidado todo, no lo he hollado, por el vano deseo de enriquecerme, de elevarme?

LUISA. Cárlos!

EST. Sí, todo!... los recuerdos de nuestra juventud, nuestras mútuas confesiones, ese amor tan tierno y puro, y la noble confianza con que me honró usted siempre... La he visto á usted palidecer... no he temido destrozar su buen corazon... y aun me llama usted su amigo!

LUISA. Siempre le llamaré á usted lo mismo.

EST. Maria! Angel de bondad! se dignaría usted perdonarme?

LUISA. Perdonarle? mi corazon no cesará un instante de rogar por la ventura de mi antiguo amigo.

EST. Una sola muger podria haberme hecho feliz en este mundo y la he olvidado!

LUISA. El cielo trocará en ventura la desgracia que usted lamenta tanto: Julia reconocerá sus sinrazones, y hasta su mismo padre...

EST. Y quién le ha dicho á usted que sus exigencias, que sus desprecios son mis únicos tormentos?

LUISA. (Dios mio! qué quiere decir?)

EST. Lo que me desgarra el alma es el pensamiento, indeleble en mi imagicacion, de la felicidad que habría encontrado al lado de la muger que idolatro...

LUISA. (*Interrumpiéndole.*) Caballero!..ni una palabra mas! (*Flores aparece en la puerta del fondo.*)

ESCENA VI.

Dichos, FLORES.

FLOR. Como si nadie entrára, soy yo.... Me alegro de encontrar á ustedes reunidos... Cielos!... Qué tienes, amigo mio? qué alterado estás!

EST. Te engañas; estoy muy tranquilo.

LUISA. (*Aparte con suma agitacion.*) Su imprudente confesion... la felicidad de Julia... todo me obliga...

FLOR. Y usted tambien, señorita!... será por ventura causa lo que he dicho á usted esta mañana? Tranquilícese usted, he ocultado ese secreto en mi corazon; y en él permanecerá siempre para mí solo, sin que mis labios se desplieguen nunca.

LUISA. (*Con acento conmovido, pero resuelto al propio tiempo.*) Entonces me precisa usted á que, con riesgo de pasar por coqueta, diga: señor de Flores, me ha ofrecido usted su mano, y la he rehusado, pero ahora estoy arrepentida: si todavia insiste usted en su propósito, respóndame, y soy suya.

EST. Qué oigo!

FLOR. Gran Dios! enlazarse usted conmigo!

LUISA. Cómo interpretará usted tan violenta transicion?.... un cambio semejante? sin embargo, necesito que tenga usted bastante confianza en mí para que me permita ocultarle en todos tiempos el motivo de tal determinacion.

FLOR. Nada me importa ignorarlo. Podrá acaso tener cabida en su pecho de usted un sentimiento culpable? Conserve usted su secreto, mi felicidad me basta.

LUISA. No esperaba otra cosa de la generosidad de usted.

ESCENA VII.

ESTEVEZ, OLMEDO, FLORES, LUISA.

OLM. (*Entrando por la puerta de la derecha.*) Buena noticia! ya se lo habia dicho á usted, querido Cárlos... Mi hija es un ángel de bondad y de indulgencia... gracias á mis súplicas, quiere olvidar lo que aqui ha pasado. Ven, mi adorada Julia, tu marido te suplica que cedas á sus ruegos. (*Se dirige al encuentro de Julia, que entra por el mismo lado.*)

EST. Todo lo he perdido!

ESCENA VIII.

Los mismos, JULIA.

OLM. Ahora, hijos mios, pelillos á la mar. Vamos, querido yerno, sea usted persuasivo.

JUL. Cómo! cuando vengo en busca suya....

OLM. Tú tambien, hija mia, pon de tu parte un poquito! (*Aparte.*) Esto no prende. (*Alto.*) Para sellar esta feliz reconciliacion te regalo la casita de campo de que tantos deseos tienes.... y á usted, querido Cárlos....

EST. A mi, nada!

OLM. Hé?

EST. Guarde usted sus regalos, y yo mi independencia.... estoy cansado ya de ser esclavo de su voluntad, juguete de su capricho, y víctima de su tiranía.

OLM. Cárlos!

EST. Ha despedazado usted mi corazon, rechazado mi confianza, dispuesto de mi persona, comprometido mi nombre y ultrajado mi honor; y cuando le pido á usted una reparacion de todo, me arroja usted oro para escusarla... ese oro de que usted

se sirve para demostrar sus afecciones, para labar un oprobio, para reparar una infamia!

JUL. Qué lenguage!

EST. Gracias á ustedes... por tantos desprecios y tantos insultos, pues me han arrancado la venda de los ojos revelándome mi vergüenza!

OLM. Qué variacion!

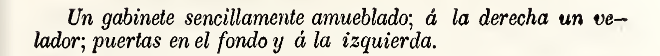
EST. Sí, he soñado con la riqueza, el lujo, el boato; pero todos esos bienes no son mas que baldon y deshonra, si en vez de ser el resultado del trabajo y la recompensa del talento, son el premio de viles condescendencias. Lo mismo que he ambicionado antes, ambiciono todavia; pero lo quiero adquirir por mi propio, y si sucumbo en tan noble lucha, me veré reducido á la miseria y á la oscuridad, pero al menos conservaré mi honor!

JUL. (*Dando un suspiro hácia Estevez para detenerlo.*) Cárlos!

EST. Adios, señora!... y ahora que el cielo sea nuestro juez! (*Sale por el fondo, Flores le sigue, Luisa sostiene á Julia que queda aterrorizada.*)

OLM. Se ha vuelto loco!

ACTO V.



Un gabinete sencillamente amueblado; á la derecha un velador; puertas en el fondo y á la izquierda.

ESCENA I.

FLORES, ESTEVEZ.

FLOR. Muy bien, amigo mio, muy bien! esto es claro, sencillo, concluyente... La ejecucion es fácil, y el éxito seguro... Sí, creeme; tu proyecto ofrece porvenir y gloria... Ayer mismo decia á mi muger, «orgulloso estoy con poder estrechar la mano de ese hombre que en seis meses escasos imaginó todo esto.»

EST. El cielo te oiga!

FLOR. El cielo oye siempre á los que muestran valor, energía y resolucion.

EST. Pero querrán comprenderme esos hombres metalizados, sin los cuales nada puedo, sin los cuales este fecundo pensamiento quedará estéril en mi cerebro?

FLOR. Y por qué no? El dinero inspira mas de lo que se cree... en la bolsa es donde se ha refugiado en su mayor parte el mérito del siglo diez y nueve... Madrid está poblado de ricos insaciables que no piensan sino en aumentar sus tesoros; de débiles ambiciosos que colocan su nulidad á remolque del genio de los otros, y de aventureros, para quienes las mayores quimeras son brillantes realidades;

era preciso ser muy desgraciado, para que toda esta gente crédula hubiera de volver la espalda á un hombre de mérito, que por una casualidad les ofrece aumentar sus capitales.

EST. Tu confianza me alienta.

FLOR. Tu empresa ya conocida en la plaza, es la conversacion de los bolsistas... y muy pronto las acciones serán numeradas, solicitadas, y subirán de precio á medida que se aumenten los compradores; yo he invertido en ellas lo que tenia, y reservo una buena parte para todos los clientes del señor Ferrer, que muy pronto lo serán mios, Dios mediante; gentes honradas que solo esperan una palabra mia para abrirme sus cajas, ó alargarme sus carteras atestadas de billetes de banco.

EST. Escelente amigo!.. siempre bondadoso y solícito.

FLOR. En este concepto, desecha toda inquietud... Muy pronto te habrás conquistado una posicion; te verás considerado de todos y hasta de tu suegro mismo...

EST. Qué me importa su estimacion, ó su desprecio?

FLOR. Sí, no ignoro que ha sido injusto contigo, mas diré: hasta cruel... pero quién sabe si no será hoy el primero que lo llore?

EST. No me hables nunca de ese hombre.

FLOR. Convengo en que es imperioso, exigente, egoista; pero, quién es el que habiendo, como él, salido de la nada, no adolece de esos defectos?.. Sin embargo, tiene algo de bueno, aunque no sea mas que el cariño que profesa á su hija.

EST. Eugenio!

FLOR. Desde que la vé desgraciada, su ternura paternal no tiene límites.

EST. Desgraciada!.. ella!.. será posible? Pobre muger!.. Su modista la habrá engañado sobre el envio de una capota... ó quizás no habrán reunido sus salones una multitud compacta de adoradores.

FLOR. Eres injusto, Cárlos... Si como yo, hubieras visto á la pobre Julia, tan bella y tan alegre en otro tiempo, hoy tan triste y abatida... Si hubieras sido testigo de sus angustias cuando te separaste de ella... Si la hubieras oido despues lamentarse de tus

penas, no la juzgarías ahora con tanta severidad.

EST. No creo mas en el tardío afecto de Julia, que en la estraña sensibilidad de su padre; por lo que te suplico con encarecimiento, que no mientes delante de mi sus nombres.

FLOR. Es tu muger, á pesar de todo, y el deber te impone una ley.

EST. El deber!.. He preguntado á mi conciencia, y me ha respondido que al romper los lazos que á ellos me unían, he procedido como honrado y pundonoroso.

FLOR. Pero...

EST. Te han encargado de procurar nuestra reconciliacion? si asi fuese, te diria que mi resolucion es irrevocable; añadiendo que si renovases tus instancias, me obligarías á abandonar el asilo que me ofreciste, y á renunciar á tu amistad, que tanto vale para mí.

FLOR. Sea en buen hora, no volveré á hablarte una palabra, pero cree que si yo he traido la conversacion á este punto, fué por la conviccion en que me hallo, de que tu pobre muger...

EST. Persistes!

FLOR. No te enfades, esta será la última vez.

EST. Comprender debias todo lo que tiene de penoso para mi corazon este recuerdo de lo pasado, porque ya lo ves; me espanta el aislamiento á que me he condenado, me horroríza el vacío que me rodea, y que nada de este mundo puede llenar.

FLOR. Desgraciado amigo!

ESCENA II.

Dichos, LUISA.

LUISA. (*Entrando por el fondo.*) Está solo con mi marido... perfectamente.

FLOR. Mi muger!

LUISA. (*A Estevez.*) Buenos dias, primo..,. (*A Flores.*) Ah! usted por aqui, caballero? cómo! ¿no se le cae á usted la cara de verguenza por haber salido esta mañana sin despedirse de su muger? vamos, aprésurese usted á reparar su falta.

FLOR. Abrazarla delante de él.... Cuando su muger....... Oh! no, seria poca generosidad!

LUISA. ¿Qué hace usted, caballero?

FLOR. Ya lo ves, estamos ocupados Estevez y yo, tenemos entre manos un asunto gravísimo.

LUISA. ¿Es decir que incomodo á ustedes?

EST. No lo lo crea usted.

FLOR. Debias saber, querida mia, que un hombre público es todo de sus clientes, de sus intereses........

LUISA. No puedo comprender....

FLOR. Es insoportable el verse interrumpido en el calor de una conferencia.

EST. Tranquilízate.

FLOR. Tú sabes, amigo mio, que me espera nuestro agente, apresúrate á colocar bajo una carpeta tus planes, cuentas y cálculos, con lo demas que servir pueda para convencer á nuestros especuladores.

EST. Todo está en mi despacho: voy á traértelo al instante. (*Sale por la puerta de la izquierda.*)

FLOR. (*Mientras que Estevez está en la escena.*) Las mugeres imaginan que no se tienen otros cuidados.

ESCENA III.

FLORES, LUISA.

FLOR. (*Advirtiendo que desaparece Estevez.*) Ven acá, mi pobre Luisa, ven á recibir un millon de abrazos.

LUISA. Qué variacion!

FLOR. Si supieses cuanto te quiero.

LUISA. Me quieres.... y ahora mismo....

FLOR. Se hallaba junto á nosotros el pobre Carlos........ triste y desesperado..... acababa de confiarme sus disgustos, cuando llegaste tú diligente y risueña como siempre....

LUISA. Ah! comprendo.... pronto quizás no tendremos precision de reprimirnos.

FLOR. ¿Qué quieres decir?

LUISA. Silencio! vá á volver Estevez.

FLOR. Cómo! ¿vienes acaso á persuadirlo?...

LUISA. (*Con gran misterio.*) Sí.

FLOR. Magnifico! pero hasta que todo se arregle, es preciso violentar nuestro amor en su presencia, ocultarle nuestra dicha....

LUISA. Cuánta generosidad!

FLOR. Pero ahora que no nos ve, bien puedo mani-

festarte mi cariño, contemplarte embriagado y estrecharte contra mi corazon!...

LUISA. Yá está aqui.

ESCENA IV.

ESTEVEZ, FLORES, LUISA.

FLOR. (*Cambiando repentinamente de tono al ver á Estevez.*) Sí señora, puede muy bien no convenir á usted; pero se hará conforme lo he dispuesto. (*A Estevez.*) Ola! estás ahí, amigo mio!... no puedes figurarte el trabajo que cuesta dirigir á una muger...... ¿No habrás olvidado nada?... Divinamente; no debo perder un instante. (*Toma una cartera que le entrega Estevez y algunos papeles.*)

EST. (*Separándole á alguna distancia.*) Una palabra, te lo ruego....¿sabes que tu conducta no es la que debe seguir un marido? has sido injusto con tu muger... Antes de salir, vé á implorar tu perdon y abrázala con ternura.

FLOR. Ah!... dices que he sido?... crees que haria bien?...

EST. Es justísimo.

FLOR. Pues señor, en ese caso... ya que no puedo dispensarme... (*Se acerca á Luisa y la abraza... bajo al oido.*) Otra vez... obedezco con tanto gusto esta órden...... (*á Estevez*) estás satisfecho?... Yo hago las cosas á conciencia!... hasta luego; amigo mio, espero traerte pronto una buena noticia.

LUISA. (Y yo á alguna persona que lo consuele.) (*A Flores.*) Caballero, déme usted el brazo; bajaremos juntos.

FLOR. Mi brazo!... Las mugeres de este siglo tienen unas exigencias.... (*Luisa y Flores salen por el fondo fingiendo una disputa acalorada.*)

ESCENA V.

ESTEVEZ *solo.*

Conseguirá convencerlos?... quién sabe si el ejemplo de otros que abandonaron sus fortunas en la cima de la especulacion, no les detendrá en el momento de confiarme sus capitales? Me veré precisa-

do á renunciar al logro de mis proyetos?... veré á otro aprovecharse de mi pensamiento, esplotarlo en beneficio suyo y envanecerse con él?... mientras que yo!... Y bien mirado, qué me importa?... una ráfaga de gloria y un puñado de oro podrian hacerme feliz?... (*Se sienta junto al velador á la derecha.*) Feliz!... la dicha se encuentra solo en el trueque de las afecciones verdaderas, de las tiernas simpatías, en el estrecho lazo de la familia, que escuda contra el dolor y predispone al alma para recibir las mas dulces emociones...

LUISA. (*Introduciendo á Julia.*) Valor! (*Sale y cierra la puerta.*)

ESCENA VI.

JULIA, ESTEVEZ.

(*Julia se adelanta poco á poco y escucha conmovida las palabras de Estevez.*)

EST. Pero estar solo en el mundo sin tener un corazon que nos comprenda, un pensamiento que nos adivine, una voz que nos responda!.. Circunscribir en sí mismo todos las esperanzas... oh! hé aquí mi destino y nadie sostendrá mi valor! nadie aplaudirá mis acciones! por do quiera me rodeará un sepulcral silencio, la mas espantosa soledad! No verterán una lágrima por mi partida... No obtendré una sonrisa á mi regreso... Nadie me tenderá su mano para estrechar la mia.

JUL. (*Que se aproxima á él.*) Si tal!... Yo!

EST. (*Levantándose.*) Usted aquí, señora?

JUL. Oh! no me abrume usted con su cólera...

EST. Ya vé usted que estoy muy tranquilo, qué espera usted de mí?

JUL. Vengo á implorar mi perdon.

EST. El perdon!... nada tengo que reprobar en usted... olvidemos lo pasado... en cuanto al porvenir, sigamos cada cual por la senda que nos hemos trazado en otro tiempo.

JUL. No! Cárlos! no será usted cruel hasta el punto de rechazar á una muger que padece y que se dirige á usted para alcanzar su perdon.

EST. Es de apreciar, señora el sentimiento que á us-

ted anima; pero entre nosotros es imposible toda reconciliacion.... Mi resolucion está tomada, no es el resultado de un capricho, la consecuencia de un ímpetu de cólera; proviene de una persuasion profunda, de un propósito deliberado. Mi posicion al lado de su padre de usted no podrá convenir á un hombre pundonoroso... he debido separarme....

Jul. Lejos de mi la idea de condenar una accion que le honra á usted sobremanera y que grangeando mi aprecio le ha merecido á usted mi amor!

Est. Su amor!

Jul. Le admira á usted esta palabra en boca de una muger á quien ha conocido tan frívola y ligera!... Qué quiére usted? era tan jóven cuando mi padre sin concederme el tiempo necesario para tratar á usted, sin consultarme apenas, arregló nuestro matrimonio!... «Admitele, me dijo; hará tu felicidad...» y mi felicidad hasta entonces habia consistido en los placeres y en las modas, se cifraba en el cumplimiento de todos mis caprichos.

Est. Pero no le saciaba á usted todo eso, era preciso un esclavo.

Jul. Cárlos! he sido culpable con usted... por lo mismo no busco escusas... pero no rehusará usted su benevolencia á una niña privada desde su nacimiento de las caricias y consejos de una madre, y cuyo padre no temió lisongear su vanidad y su orgullo repitiéndola á cada momento: «tan hermosa como rica.» Pobre padre! le perdono el mal que me ha hecho!... Me ama tanto!... Pero si mi imaginacion se ha estraviado, no pudo gastarse mi corazon... No, Cárlos, es digno todavia de comprender un pensamiento hidalgo, un sentimiento generoso... Además, cuando le ví á usted rechazar con noble indignacion los beneficios de mi padre, devolverle sus desprecios y desafiar su cólera, no pude definirme lo que pasaba en mi corazon... Esperimentaba al escuchar á usted una sensacion desconocida; era el nacimiento de la estimacion y del respeto.... Desdeñé al esclavo sumiso, al marido complaciente, y admiré al hombre orgulloso é independiente.... Quise prosternarme ante usted é implorar mi perdon, pero la presencia de mi padre detuvo la vehemencia de mis deseos.

EST. Julia!

JUL. Si supiera usted cuanto he padecido desde entonces; qué dias tan tristes he pasado, siempre en esperar!... Qué habria sucedido, Dios bondadoso, si Luisa no se hubiera apiadado de mi dolor!... cómo palpitaba mi corazon al referirme ella los esfuerzos, el valor y la perseverancia de usted!......... Cuántas lágrimas he vertido al relato de los triunfos que usted ha conseguido!... cuán orgullosa estaba de que fuera usted mi esposo!... mi esposo!...... permítame usted que le dé tan dulce nombre, déjeme usted participar de su suerte.

EST. Qué dice usted?

JUL. Imploro esta gracia; invoco este derecho!

EST. Julia, creo en la sinceridad de los sentimientos que usted espresa.... estoy enternecido... pero no puedo consentir en separarla á usted del lado de su padre , en despojarla de ese lujo que la rodea y que la costumbre le ha hecho tan necesario.

JUL. Para qué necesito todo eso? Tu presencia, tu amor es lo que ambiciono!... es por acaso preciso manar en oro para ser felices?... En lo sucesivo pensaré solo en agradarte, y aunque me niegues lo que solicito, me quedaré á tu lado á pesar tuyo, aceptando tus rigores como un justo castigo de mis injusticias!... No puedes rehusarme esa gracia.

EST. Tanto sacrificio!... Julia! (*Le abre los brazos. Julia se precipita en ellos.*)

ESCENA VII.

JULIA , ESTEVEZ , LUISA , OLMEDO.

OLM. (*Apareciendo en la puerta del fondo.*) Aquí está!

EST. Señor de Olmedo!

OLM. No me habia engañado!

JUL. Padre mio!

LUISA. (*Entra con Olmedo é intenta detenerle.*) Querido tio!

JUL. (*A Estevez con acento suplicante.*) Cárlos!

EST. Tranquilízate; tu padre será considerado por mí en todas ocasiones.

OLM. A usted le correspondia haber dado los primeros pasos y ha querido dejar á su esposa los hono–

res de la iniciativa... corriente. (*Pausa.*) La paz ha sido terminada, por lo que veo, es un acto al que solo falta mi sancion: la cepto. Ahora, hijos mios, nada tenemos que hacer en esta habitacion... El carruage nos espera.... volvamos á casa.

EST. No señor, nos quedamos aqui.

OLM. Qué oigo!

EST. Gracias al cielo, acaba de renacer nuestra armonía... Quizás nunca habriamos estado divididos á no ser por la intervencion de una voluntad estraña á la nuestra....

OLM. Comprendo.

EST. Y para evitar que en adelante las mismas causas produzcan los mismos efectos, he resuelto que mi muger no se separe de mi lado y que permanezcamos aquí.

OLM. Al lado de usted?

EST. Una muger no debe tener otro domicilio que el de su esposo: las leyes están terminantes.

OLM. Separarme de mi hija!

JUL. Padre mio!

OLM. Pero si no tengo otro consuelo que ella en este mundo; es mi gozo, mi orgullo!

JUL. Es forzoso!

OLM. Y tú tambien intentas abandonarme!... Ay! qué seria de mí sin tu presencia? qué empleo daré á mi fortuna; para tí la he ganado, para tí la aumento todos los dias.... qué me importa ese tesoro, sino puede servir para tu felicidad.... No, no; tú no me abandonarás!...

JUL. Padre mio!...

OLM. Ven... sigueme, lo exijo; te lo mando.

JUL. Conozco el respeto y la sumision que una hija debe á su padre, pero tambien conozco cuáles son los deberes de una muger para con su marido; y si alguna vez pude despreciar estos deberes, de hoy en adelante sabré cumplirlos religiosamente.

OLM. (Ha triunfado.)

ESCENA VIII.

Dichos FLORES.

FLOR. Victoria!... Todo está arreglado... las bases de la sociedad han sido establecidas, los fondos garantidos.

EST. Es posible?

FLOR. Tu has sido nombrado gerente de la empresa con cincuenta mil reales de sueldo y una parte en las ganancias.

EST. Gracias, Dios mio! Ya he reconquistado mi independencia!

FLOR. Objeto será de todas las conversaciones tan magnífica operacion.

OLM. Goce usted en paz de su nueva fortuna, de su triunfo.... Por mi parte sabré olvidar á los ingratos....

JUL. Padre mio!

EST. Señor de Olmedo: hace un momento que he debido rehusar la proposicion que usted me hacia de volver á su lado; pero ahora que tengo la conciencia de mi propia fuerza, y de la independencia que me dá mi trabajo; ahora que estoy seguro de la ternura de mi muger, seria muy egoista y aun cruel si separase á usted de una hija á quien tanto ama.

JUL. (*Con muestras de gratitud.*) Querido Cárlos!

OLM. Gracias á Dios... conservo á mi hija... verdad es que he hallado un yerno algo distinto del que yo habia imaginado... Pero qué diantre!... Ya voy encaneciendo y doblándome, he trabajado muchísimo y gobernado todavia mas... justo es que abdique mis derechos; y puesto que me enriquecí lo bastante, trataré de descansar y hacerme completamente dichoso.

FLOR. No lo es usted ya abrazando á sus hijos? En adelante vivirán ustedes en la mejor inteligencia, cual esas grandes potencias limítrofes que permanecen en paz, y recíprocamente se respetan, porque están siempre en disposicion de declararse la guerra.

FIN DE LA COMEDIA.

Catálogo de las obras dramáticas de la propiedad del *Circulo Literario Comercial*, representadas últimamente en los teatros de esta Corte.

DE TRES Ó MAS ACTOS.

La Ceniza en la frente.
Desde Toledo á Madrid.
El Bufon del Rey.
El Rey de los Primos.
El Hijo del Diablo.
Un matrimonio á la moda.
Quien bien te quiera te hará llorar.
Marica-enreda.
Flaquezas y Desengaños.
Un voto y una venganza.
Embajador y Hechicero.
La Amistad ó las Tres épocas.
El Diablo las carga.
Ataque y Defensa.
Caprichos de la Fortuna.
Ginesillo el aturdido

DE UNO Y DOS ACTOS.

Juan el Perdío.
Un Contrabando.
La Casa deshabitada.
Mi media Naranja.
Infantes improvisados.
Por amor y por dinero.
Estrupicios del amor.
Clases Pasivas.
Cuerpo y sombra.

ZARZUELAS.

Misterios de bastidores.
Colegialas y Soldados.

PUNTOS DE VENTA.

Por suscricion 50 por 100 de rebaja.

En Madrid en las librerias de Rios, calle de Carretas, y Cuesta, calle Mayor.

EN PROVINCIAS.

Alcalá	Moreno.	Leon	Miñon.
Albacete	Herrero y Pedron.	Lérida	Sol.
Alicante	Ibarra.	Lugo	Pujol.
Almería	Vergara y comp.	Logroño	Viuda de Brieba.
Alcoy	Martí é Hijos.	Málaga	Medina.
Almaden	Quiroga.	Murcia	Benedicto.
Algeciras	Castaño y Monet.	Mataró	Cabot.
Astorga	Barrio y Gudiel.	Ocaña	Calvillo.
Avila	Aguado.	Orense	Gomez Novoa.
Andujar	Torre.	Oviedo	Longoria.
Badajoz	Viuda de Carrillo.	Palencia	Camazon.
Baeza	Alhambra.	Palma	Rullan Hermanos.
Barcelona	Oliveres.	Pamplona	Erasum y Rada.
Bejar	Luis de la O.	Plasencia	Pis.
Benavente	Fidalgo Blanco.	Pontevedra	Verea Varela.
Bilbao	Delmas é Hijos.	Reus	Vidal.
Burgos	Villanueva.	Ronda	Moreti.
Cácéres	Valiente.	Santa Cruz de Tenerife	Ramirez.
Cádiz	Moraleda.	Santander	Riesgo.
Ciudad-Real	Gonzalez.	Santiago	Sanchez y Rua.
Ciudad-Rodrigo	Perez.	San Sebastian	Baroja.
Calatayud	Larrága.	Salamanca	Oliva.
Coruña	Sischha.	Segovia	Alejandro.
Coria	Muñoz.	Sevilla	Santigosa.
Córdoba	Manté.	Soria	Rioja.
Castellon	Moles.	Talavera	Fando.
Carmona	Moreno.	Tarragona	Puigrubí y Canals.
Cartagena	Benedicto.	Teruel	Lopez.
Cuenca	Mariana.	Toledo	Hernandez.
Ecija	Jimenez.	Toro	Rodrigez Tejedor.
Ferrol	Tajonera.	Tuy	Martinez Gonzalez
Gerona	Oliva.	Trugillo	Hernandez.
Gijon	Delgrás.	Valencia	Mateu y Garin:
Granada	Zamora.	Valladolid	Rodriguez.
Guadalajara	Perez.	Vigo	Sotero.
Huelva	Rodrigez.	Vitoria	Ormilugue.
Huesca	Viuda de Galindo.	Ubeda	Sabater.
Jaen	Sacrista y comp.	Zamora	Pimentel.
Jerez de la Frontera	Bueno.	Zaragoza	Polo.

El CIRCULO LITERARIO COMERCIAL se halla establecido en la calle de Fuencarral, número 2, cuarto entresuelo, casa de Astrarena.